Nuestras propias historias

Realismo social IV







Realismo social

IV

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 364 7

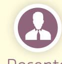
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo



Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección “Nuestras propias historias” son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice




RITA CECILIA SANTOS
nació en Riobamba, Chimborazo, en 1978. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Carla Constante estudia en la Unidad Educativa José Mejía Lequerica.

Historia de una madre y una hija

Marlene era una madre que tuvo que dejar a su hija Alicia en un intento por buscar un mejor futuro. Emigró a España con mucha tristeza y dolor. Su pequeña se quedó al cuidado de sus abuelos. Partió una mañana rumbo al aeropuerto dejando atrás muchos recuerdos en Ecuador y un trocito de su corazón: Alicia. Cuando llegó a su destino se sintió contenta, aunque también muy

nostálgica, porque la mitad de su vida se había quedado en el país donde había nacido.

Pasaron dos años y Alicia empezó a preguntar cada vez más por su madre. Entonces las dos comenzaron a hablar por teléfono todos los días. Eso las ponía muy contentas porque se contaban todo lo que les sucedía. Marlene trabajó muy duro para poder regresar al lado de su hija, pues no quería perderse su infancia. Reunió el dinero en más tiempo del que tenía planeado, porque tenía que pagar por los gastos de vivir en España.

Finalmente, regresó a su querido Ecuador después de tres años. Durante ese tiempo, jamás olvidó a sus padres y a su hija. Volvió a su hogar con dinero, pero ni este ni todo lo vivido en España lograron compensar el cariño y los pequeños momentos que se había perdido de la infancia de Alicia. Por eso decidió quedarse en el país definitivamente. Aunque hoy gana poco en su trabajo, puede ver la sonrisa y recibir el cariño de su pequeña hija a diario.






RICHARD EDISSON MENA
trabaja en la Unidad Educativa Espíritu Santo.

Crónica de un asalto

Voy a narrar un acontecimiento de un momento de mi vida. Nunca imaginé pasar por semejante situación, que fue inesperada y que me impactó notablemente, porque casi pierdo la vida.

El jueves 28 de noviembre de 1991, desobedeciendo a mi padre, bajé de mi domicilio a la ciudad, al centro. Tenía un ensayo



de música a las 20:30, porque soy parte del grupo folclórico Likanantay, de la ciudad de Ambato. La práctica era a una cuadra de mi casa y, en el transcurso del viaje, un amigo me invitó a subir a su vehículo para llevarme. Miré mi reloj y vi que tenía tiempo suficiente para llegar al ensayo, entonces, me negué ante la propuesta de mi amigo. Eran las 20:05 y yo continué caminando. Estaba por el sector de las canchas del City Bank y, sin darme cuenta, me asaltaron y me dieron una puñalada, que me atravesó el muslo derecho hasta perforarme la vejiga. Lo hicieron por robarme el anillo de grado que tenía puesto.

En ese instante, aparecieron unas veinte personas, pero no me prestaron apoyo. Una pareja de esposos me ayudó a coger un taxi y fui primero a mi casa, para que mis padres decidieran a qué clínica llevarme, porque necesitaba primeros auxilios. Entre lágrimas, fuimos a la Clínica La Dolorosa, donde salieron enfermeras y me empezaron a suturar de forma superficial, pero no se dieron cuenta de que la herida era profunda.

Cuando fui al baño, aparecieron coágulos de sangre en mi orina. En ese momento, se percataron de la gravedad del percance. Tuvieron que operarme y me desperté al quinto día. El tiempo de recuperación fue muy doloroso y duró seis meses.

NASHLY ALEJANDRA GUZMÁN
nació en Popayán, Colombia, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Sus actividades favoritas son leer y ver series.

Hogar, dulce hogar

En el mes de abril del año 2015, mi mamá estaba a punto de volver a casa y la emoción que recorría mi cuerpo era inexplicable. Di mil vueltas por mi habitación, ansiosa, esperando escuchar un golpe en la puerta que me indicase que ella había regresado. Mi hermana Daniela, algo indiferente, estaba sentada al frente de la computadora, como de costumbre. Pasaron unas cuantas horas y comencé a desesperarme, acudí al primer libro de mi estantería y, resignándome a la idea de que tal vez mi madre no arribara ese día, me acosté en la cama y leí un poco.

"¡Alejandra! —exclamó mi hermana—. ¿Vas a comer?". No tenía hambre y estaba algo enojada con ella, así que decidí ignorarla. De repente, mi corazón saltó de mi pecho y sentí que todo mi cuerpo se paralizaba, traté de salir de ese estado y entonces escuché una voz dulce que me llenó de tranquilidad instantáneamente: "¡Lleguéééé! ¿Me extrañaron?", gritó mamá desde la puerta.

Salí corriendo, entré a la sala, la abracé y la besé en la cabeza. Entonces viví el reencuentro más hermoso de todos mis trece años, porque en sus brazos conocí una de las mejores sensaciones de la vida: el calor de un hogar. Ahí me di cuenta de que había sido engañada todo ese tiempo, durante el cual siempre me habían enseñado que el hogar era un sitio, como una casa, cuando en la mayoría de los casos no es así; en el mío específicamente, se trata de una persona. Y tengo que admitir que había extrañado terriblemente sentir el calor de mi hogar.

—¿Cómo te fue? ¿Qué tal es Ecuador? ¿Me trajiste una moneda rara de allá? Por cierto, ¿Qué moneda usan? Escuché que las perlas o el dólar o algo así. Estuviste muy incomunicada, mamá. Te extrañé mucho, ¿me extrañaste? —pregunté inquieta.

—Mi amor —dijo mamá con la ternura de siempre—, la moneda que usan es el dólar, en la billetera tengo uno. Te extrañé demasiado, hija, pero tenemos que hablar.

Llamó a mi hermana y nos reunimos las tres. Daniela y yo estábamos un poco desconcertadas. Nos sentamos y comenzó todo. Mamá nos explicó que quería llevarnos con ella, tenía una deuda y quería que la ayudáramos a pagarla. Mi vida cambió por completo desde ese momento. En mi caso, no se me pasó por la cabeza quedarme con mi papá. Él es un excelente padre pero nunca nos entendimos muy bien; además, para ese entonces tenía una nueva esposa. Aunque era un giro drástico para mi vida, tuve que tomar la decisión de irme, dejar el colegio, las clases de piano,

la música, a mi papá y a algunos amigos. Mi hermana no tenía opción, ella nunca quiso irse y dejar su vida en Popayán, pero tuvo que hacerlo. Daniela tenía la responsabilidad de ayudar a mi mamá a pagar esa deuda porque ya era mayor de edad y, además, había terminado el colegio. El papá de mi hermana había muerto cuando ella aún no aprendía a caminar.

El 8 de abril del año 2015 cruzamos la frontera y llegamos a Ecuador. País nuevo, clima nuevo, colegio nuevo y nuevas personas. Poco a poco fui acoplándome a la incomodidad que encierra esa palabra. Mi hermana no lograba encontrar el sentido de haberse mudado, amaba Colombia, y no había forma de ayudarla a acomodarse porque parecía una víbora intocable. Nunca fuimos unidas, nunca salíamos a comer en plan de amigas, nunca nos contamos secretos ni compartimos nuestros problemas. Ella era ella y no aceptaba a nadie más en su círculo familiar. Tuvimos infinidad de problemas debido a su carácter. Siempre aprovechaba que era seis años mayor que yo para tratarme a las patadas, para echarme la culpa de todo y, en ocasiones, herirme física y emocionalmente. Ahora ya no lo hace porque ya sé defenderme, pero hasta el día de hoy no existe entre las dos lo que se llama "una amistad".

La vida no nos traía más que problemas, discusiones entre nosotras y mala suerte; por eso, a los diez meses de vivir en Ecuador, mi hermana dijo "basta" y decidió volver a Colombia, a vivir sola. Mi mamá aceptó y le agradeció por su ayuda, pero no la detuvo.

Y así pasaron dos largos años. Mi mamá consiguió una pareja, lo que hizo que nos alejáramos un poco. Yo también lo hice, esto provocó que nos alejáramos aún más. Por su parte, mi papá tuvo un hijo, quien hasta hoy llena de alegría mis días. La deuda seguía casi intacta.



Mi mamá y yo siempre fuimos muy unidas, el problema es que, con excepción de mi papá, yo no estaba acostumbrada a verla tan enamorada y comprometida con un hombre. Ella había tenido dos parejas antes, pero nunca habían vivido con nosotras. Ver que mi mamá era feliz al lado de alguien más no me gustaba demasiado. Es raro, sí, pero no estoy diciendo que no me agradara que ella fuera feliz, solo que fue un cambio un poco repentino y ella no me dio oportunidad de procesarlo, aunque con el tiempo aprendí a hacerlo.

Meses después, mi mamá dejó de trabajar en unos karaokes y comenzó su emprendimiento. Hacía cosas preciosas. En casa había casi todo un taller donde realizaba sus manualidades y le

iba muy bien. La pareja de mi mamá trabajaba y nos ayudaba con ese dinero. También yo, con la ayuda de ella, claro está, todos los lunes de mercado salía con mi novio a vender café. Gracias a ese dinero la cantidad adeudada fue disminuyendo. Mi mamá se empezó a tranquilizar un poco después de una larga temporada de estrés producto del miedo que tenía de perder la casa de mi abuela por la hipoteca.

Así nos dimos cuenta de que es verdad eso que tanto dicen: "la unión hace la fuerza"; hasta mi hermana, sola y a la distancia, aprendió a valorar lo que tenía. Esta historia es una lección de vida, porque desde el primer momento en que pisamos esta linda tierra ecuatoriana, nuestra existencia dio un giro brutal. Por primera vez comprendimos lo que es pasar hambre y, aunque mi madre siempre intentaba de todo para evitarla a toda costa, a veces la sentimos. Por primera vez supimos lo que es no tener una casa grande, con lujos y llena de cosas materiales. Por primera vez comprendimos que el amor de las tres es lo único que tenemos en la vida, nuestra única voz de aliento. Por primera vez en la vida entendimos que el dinero no lo es todo, que ese todo también está compuesto por el arte, la música y la filosofía. Y por primera vez entendimos algo que yo ya había intuido desde antes: nuestro hogar somos nosotras y, donde quiera que estemos, por más separadas que nos encontremos, nada se siente más hermoso que el calor que nos brindamos mutuamente.




KATHERINE ESTHELA OÑA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

Una vida más

Escribir es más difícil de lo que parece, es un don. No todos pueden hacerlo, no todos podemos expresarnos a través de letras y aquí estoy, en el único lugar donde he podido ser feliz de verdad, acompañada de un cigarro, dañino, es verdad. Pero qué más da, la vida es eso, buscar sentido a aquello que nos hace daño, a lo que mata, a lo que envenena. Así somos los humanos, tan contradictorios en nuestras propias creencias.

Vida solo hay una, pero cada uno es dueño de su destino; nosotros decidimos la vida que queremos llevar, si somos felices o no. Siempre buscamos el porqué de las cosas, las respuestas a lo inexplicable y, al final, te das cuenta de que todo tiene una razón y una respuesta. Seamos realistas, la vida te pone obstáculos que parecen imposibles de sortear, pero solo está en uno superarlos, porque por más oscuro que parezca todo siempre existirá una luz de esperanza. Todo esto tiene que ver con la historia que contaré a continuación.

Todo comenzó el día en que ella lo vio. En ese momento nacieron sueños y esperanzas, pero nunca imaginó lo que sucedería con su vida. Se encontraron en su primera y única cita; ella con su inocencia y él con una vida ya rota. Aquel día todo cambiaría, ya no habría más sueños, ya no habría una vida. La joven fue emocionada al encuentro con su amado, sin saber que aquel hombre solo quería abusar de ella. Eso fue lo que sucedió. Acabó con la inocencia sin importarle el daño que le hacía a esa mujer enamorada que nunca iba a ser correspondida.

Después de un mes la muchacha se dio cuenta de que algo estaba sucediendo dentro de ella. Estaba embarazada. Sin ninguna otra opción, decidió avisar a sus progenitores. Ellos eran personas muy machistas que reaccionaron de la peor manera, obligándola a casarse con el hombre que un día le robó todo. Aquella joven, casi una mujer, contrajo matrimonio con seis meses de embarazo. Ese fue el día cuando realmente comenzó el verdadero infierno para ella. A pesar de sus esfuerzos para que aquel matrimonio pudiera funcionar nunca lo logró. Aquel hombre jamás la quiso, abusaba de ella y la maltrataba hasta más no poder. La joven acudió donde sus padres muchas veces en busca de ayuda. Ellos lo único que hicieron fue salir con sus frases: “Marido es. Aunque



pegue o mate, no deja de ser marido”; “¿Qué va a decir la gente?”; “Tú no eres nadie sin él”.

La muchacha, sin saber qué hacer, decidió seguir con la vida que le había tocado. Se portó sumisa ante la situación y se dio por vencida en la lucha contra una sociedad machista. Su existencia se convirtió en una combinación de golpes, insultos y abusos. Pasaron años sin que se diera ningún cambio y ella solo gritaba a oídos sordos, nadie la ayudaba. Sin embargo, siempre soñaba con una vida más feliz.

Se volvió a embarazar. Con sus hijas su vida ya no era tan triste, sentía que tenía algo más por qué seguir adelante. Siguieron pasando los años y ella, ya con tres hijas seguía soportando su

propio infierno. Pero algo había cambiado: ya no solo luchaba por sí misma sino por aquellas pequeñas luces de su vida.

Con sus niñas le resultaba imposible pensar en un futuro mejor. Se repetía una y mil veces que todo lo hacía por sus hijas. Pero en realidad, ella ya no hacía nada por miedo a no ser escuchada nuevamente. Así dejó pasar más tiempo. Sus dos primeras hijas se casaron y, aunque ella nunca lo aceptó, eso resultó ser un alivio porque buscar una mejor vida ya no le parecía imposible.

Desde que sus hijas nacieron ella luchó mucho, mientras que aquel hombre nunca cambió, solo se la pasaba borracho y sin trabajar. A ella le tocó buscar la forma de mantener a sus pequeñas. Con los años logró comprender que era capaz de sobrevivir por su cuenta, había eliminado de su cabeza la idea de que una mujer siempre dependerá de un hombre para salir adelante; ella lo comprendió tarde, pero lo hizo. Con solo una hija que mantener, ella decidió que ya era hora de cambiar de vida, había llegado el momento de ser feliz.

Una tarde, la familia de su esposo la sacó de su propia casa. A pesar de que estaba en el terreno de su marido, ella la había construido con el esfuerzo de su trabajo. Todo se debía a chismes de gente que dijo que era una cualquiera. Ella no hizo caso, no le importaba lo que las personas dijeran o pensaran, pero lo que sí le dolió es que aquel hombre que aseguraba ser su marido nunca la defendió. Sin embargo, gracias a este triste suceso, ese día ella tomó una decisión: nunca volver a aquel lugar donde solo había podido ser infeliz.

Al día siguiente salió de aquel sitio agarrando su poca ropa y a su hija menor, que era por lo único que luchaba. Ella se había cansado de llorar todas las noches por aquel hombre, que solo le hacía daño. Aunque le tocara empezar de cero, sabía que lo iba a lograr. Ella estaba segura de que todo iba a estar bien, confiaba

en sí misma. Y así sucedió, poco a poco su vida fue tomando otro rumbo. Las cosas que vivió fueron muy duras, pero por lo menos ya no lloraba por las noches. Pasaron varios años y la mujer y su hija lograron tener una vida nueva, no con lujos, pero sí feliz y tranquila.

Aquella mujer había madurado mucho, pero lo que ella no sabía era que su hija menor había sufrido muchísimo. Ahora ya no era la madre quien lloraba por las noches, sino la niña, que no entendía por qué le había tocado vivir en ese infierno. Ella, encerrada en su mundo, nunca había pedido ayuda. Antes de que su mamá decidiera salir de aquel lugar, esa pequeña había llorado hasta más no poder por los golpes que recibía su madre de parte de aquel hombre al que un día llamo papá.

Lo único que siempre había querido la pequeña era una familia como la de los demás niños, no pedía más. Pero nadie la entendió, a ella le tocó madurar, aparentar que todo estaba bien aunque en el fondo sabía que no lo estaba. Aquel hombre no solo le había destrozado el corazón a su madre sino a ella también.

Madre e hija tenían una nueva vida, pero esa pequeña nunca se sintió bien otra vez. Encerrada en su propio mundo, se llenó de odio y rencor. A pesar del amor incondicional de su madre, la niña nunca fue feliz, porque estaba cegada por malos sentimientos que no le dejaban ver que solo tenemos una vida como para estarla desperdiciando en cosas que solo hacen daño.

A esa niña le sucedió algo que la hizo cambiar de opinión respecto de su existencia. Un día fue a visitar a su padre después de muchos años, buscaba las razones por las que la había rechazado, por qué no la había amado como ella lo había querido a él. Encontró al hombre tan borracho como siempre. Al ver a su hija no la reconoció, ya que habían pasado demasiados años separados. Ella, con lágrimas en los ojos, le preguntó:

—¿Por qué, papá? ¿Por qué no me amas?

Aquel hombre, sin poder responder, solo se hincó y se puso a llorar ante su hija. Luego le dijo:

—La vida es muy dura e injusta, no siempre da lo que uno quiere. Solo depende de ti ser feliz o no y valorar la oportunidad que te da. Yo no lo hice, hace muchos años que decidí morir, por mis temores, rencores y odio.

La pequeña no se había fijado en que su padre estaba herido, tenía cinco puñaladas en su estómago que lo llevaron a su muerte al cabo de unos minutos, pero antes pudo contarle la verdad acerca de su sufrimiento. Aquel hombre había vivido toda la vida con mucho rencor y odio pues de joven se había enamorado de una muchacha por la que hubiera dado la vida; ella había fallecido en un accidente. Desde aquel día ese hombre perdió el rumbo de su vida, nunca más fue el mismo. Eso no justificaba el daño que había hecho, pero su hija encontró una respuesta al porqué de su comportamiento.

Desde aquel día la niña decidió que no podía seguir llena de rencor y odio, aprendió que la vida es gris o alegre dependiendo de cómo uno quiera vivirla. Así, los malos sentimientos desaparecieron de su interior.

Pasaron años, la niña se convirtió en una mujer que nunca dejó de tomar en cuenta lo que un día aprendió: a pesar de que todo sea gris, la vida siempre ofrecerá opciones para la felicidad. Madre e hija ahora están en paz y armonía.

Y así es como se aprende de la vida. Al final del día es uno mismo quien decide si se da una oportunidad de ser feliz o se deja morir. Y esta soy yo, la que un día decidió volver a ser feliz. Aquí estoy, papá, visitándote como te prometí.

Y ahora, dime, ¿tú quieres una vida distinta?




KEVIN MAURICIO ACOSTA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Pelileo.

En la lucha

Todo comenzó a la edad de dos años, cuando tuve un accidente de tránsito. Perdí la razón y toda mi familia pensó que me iba a morir y, bueno, yo no lo sabía. Mi madre siempre hizo lo imposible para que yo lograra vivir, aunque en ocasiones parecía que todo ese esfuerzo se iba a derrumbar. El único que podía decidir si viviría o moriría era "Dios", pero el mágico tiempo también lo decidió. Los años pasaron y mi recuperación psicológica fue todo un éxito, sin embargo, la física no lo fue. Entré al jardín de infantes a los seis años debido a mi accidente y eso no fue un impedimento.

No tenía amigos, porque lógicamente ellos pensaban que yo era diferente; la soledad era mi única compañera. Las vacaciones eran mi alegría, era el momento de disfrutar mi felicidad.

En la escuela, me pasó casi lo mismo, pero de una manera más problemática. Los niños y los jóvenes me quitaban lo que mi madre me mandaba de colación y me quedaba sin nada para comer o me hacían otras cosas más terribles. Cuando ya estaba en un grado superior, me gustaba participar en concursos de poemas, especialmente en el Día de la Madre. Quería probar que yo era igual a los demás, para que ya no me miraran como algo extraño. Sin embargo, mis padres me llevaban constantemente al médico, por mis terapias para poder caminar. Los doctores insistían en que debía usar aparatos y mis padres los compraban y me obligaban a ponérmelos, porque, en fin, era para mi bien. Pero no me gustaba utilizarlos, llamaban mucho la atención de los demás y, sobre todo, eran fastidiosos y muy vergonzosos. Yo me sentía mal delante de todos y, entre mí, me preguntaba: ¿por qué me pasa esto solo a mí?, ¿qué hice yo para merecer este sufrimiento?, ¿para qué nací? Mi madre, a pesar de su dolor y desesperación, me consolaba.

Un día, me llevó a un coliseo donde estaba un padrecito que curaba a la gente, con la voluntad de Dios. Mucha gente hacía fila para que llegara su momento de sanación. Después de un rato, llegó mi turno y el padrecito me obligó a fumar un tabaco. Yo nunca lo había hecho, porque era un niño, pero al final me tocó, porque era su voluntad; también me obligó a tomar una gaseosa completa. Cuando acabé con sus requisitos, el padrecito me acostó en el suelo, boca abajo. En el preciso momento que me iba a pisar la espalda, mi mamá se asustó mucho y le dijo: "¡No lo haga, padre, no me lo deje peor de lo que ya está!". Él le respondió: "¿Confías en mí, hija?". Y mi mamá dijo que sí. Entonces, me pidió que cerrara los ojos; me dijo que me iba a mandar a la India, donde

se encuentran los mejores médicos del mundo. Mientras el padre hacía su sanación, mi mente estaba en la India y, cuando desperté, sentí que mi columna estaba recta. Al momento de irnos, le dijo a mi mamá que lo buscara en la Mitad del Mundo, porque me quería ver de nuevo para curarme otra vez. Al fin y al cabo, mi madre lo buscó, pero no volvió a aparecer aquel padrecito.

A pesar de los problemas, yo fui adquiriendo autoestima, porque me sentía agradecido conmigo mismo y a gusto con mi cuerpo. A partir de ese momento, aprovecho los tiempos libres y todas las oportunidades que me brinda la vida, porque siempre busco nuevas perspectivas que le den sentido a mi existencia. Comencé con lo primero: valorándome emocionalmente. Después, empecé a tener más protagonismo en cada acto. Por ejemplo, me gusta



mucho ser arquero y mi madre, al saber mi anhelo, me inscribió en un equipo. En el primer partido, las personas comenzaron a criticarme y vociferaban varias cosas como: "¡Saquen a ese niño discapacitado, hace perder el tiempo, cámbienle, mejor que juegue un niño sano!". Al ver tanto desprecio, mi madre decidió sacarme de ese equipo, para que no me hicieran daño. Manejar bicicleta es mi otra destreza y también la natación, aunque no sea muy bueno, pero me defiendo.

Cada momento de mi vida ha tenido su importancia. Mi mamá me cambió de colegio cuando acabé mi último grado de escuela; sospecho que fue por el trato que me daban y porque algunos maestros no me valoraban. Pero todo esto dio un gran giro. Cuando llegué a la Unidad Educativa "Pelileo", todos me trataban con respeto y jamás me lo hubiera imaginado. En el curso que me tocó, mis compañeros me miraron y unos pocos me preguntaron: "¿Qué te pasó? ¿Por qué caminas así?". Entonces, solo les dije la verdad, que había tenido un accidente, que un auto me atropelló y me dejó casi muerto. A pesar de lo que les conté, ellos no me hacían el feo, sino que me invitaban a jugar. Me quedé sorprendido de que no les importara mi discapacidad. En las caminatas, los profesores me ayudaban, no me dejaban solo y, sobre todo, me llevaban junto a ellos en su auto.

Cuando llegué a primero de Bachillerato, mi madre me avisó que debía tener una operación. Cuando escuché la palabra "operación", todo mi cuerpo se quedó inmóvil por el miedo al dolor. Mi madre pidió permiso en el colegio para que pudiera hacerlo y el día menos esperado llegó. Todo estaba listo: el quirófano, los médicos y yo, que era el paciente. Los doctores le dijeron a mi mamá que la cirugía no iba a ser larga y que me harían dos cortes. Entonces, me anestesiaron y continuaron con su objetivo… Mi madre estaba demasiado preocupada, pensó

que me había muerto, porque el tiempo acordado no coincidió. Al final de un largo trabajo, los médicos salieron y le dijeron a mi mamá que me habían hecho ocho operaciones y que yo había sido muy valiente al aguantar la cirugía. Cuando desperté, me sentía muy mareado y, al ver mis piernas, me llevé una gran sorpresa, ¡estaban completamente enyesadas! Bueno, no sentía dolor por la anestesia, pero sabía que en algún momento se iba a terminar. El tiempo de la anestesia pasó y comencé a sentir un dolor intenso, ya no podía más. Tuve que pasar una semana y media en el hospital. Durante ese largo tiempo, me pareció estar en un manicomio; las noches eran muy largas y cada minuto se volvía una hora.

El tiempo de espera se cumplió y pasé unos días en la casa de mi tía, porque ella vive en Quito. Mi madre vino a verme para llevarme a la casa y para darles las gracias a mis tíos por cuidarme. Cuando llegué a mi hogar y vi a mis hermanos y a mis padres, me sentí como en el paraíso. Tuve que estar un mes con el yeso y, cuando me lo retiraron, sentí un gran alivio por tener de vuelta la movilidad de mis piernas. Después, vinieron las terapias y fueron dolorosas. Mi recuperación fue exitosa y mis tíos me llevaron a dar un largo paseo por las playas. Lo disfruté mucho: jugamos, paseamos, me divertí demasiado y pasé momentos inolvidables. Hoy, felizmente, me encuentro en segundo de Bachillerato y me ofrecí a dar un discurso sobre el día de los discapacitados. Expliqué a todos que una discapacidad no es un impedimento, sino que debe ser la razón para seguir luchando, buscar la felicidad y mejorar. Por mi parte, yo siento que la vida es como una caja de bombones, nunca sabes el chocolate que te puede tocar.




JAIRO GABRIEL CUMBAL
nació en La Merced de Buenos Aires, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Buenos Aires. Su actividad favorita es leer.

La rebelión hacendada

En una parroquia lejana del cantón Urcuquí, llamada La Merced de Buenos Aires, existía una hacienda ubicada en el sector El Chispo. Esta pertenecía a un hombre adinerado, orgulloso y prepotente, quien contrataba peones con promesas de un trabajo digno y bien pagado, pero esto solo era un método para que la gente aceptara, ya que la realidad era totalmente diferente.



Cierto día llegó un grupo de personas procedente de la zona de Pugarán buscando trabajo, sin dinero, sin comida y principalmente sin un lugar donde vivir. Entonces el hacendado no desaprovechó esta oportunidad y rápidamente los contrató para que trabajaran sus tierras, y no fue difícil convencerlos ya que necesitaban con urgencia un lugar donde quedarse.

Una vez aceptado el trabajo, empezaron cuidando el ganado, pero conforme pasaba el tiempo las labores a realizar aumentaban, tanto en cantidad como en intensidad, llegando a ser difícil realizarlas todas. Al no completar las tareas encomendadas, se castigaba a los trabajadores con la reducción de la comida o de su paga. Este problema empeoraba día tras día,

en especial cuando el dueño de la hacienda compró un negocio en la ciudad y se vio obligado a atenderlo personalmente, por lo que contrató a un capataz para que supervisara el trabajo en la hacienda. Con el paso de los días el problema se intensificaba, pues el capataz los golpeaba, insultaba y castigaba si no cumplían con las tareas asignadas, negándoles tiempo para descansar e impidiéndoles alimentarse.

Después de un tiempo llegaron a la parroquia las fiestas de su patrona, la Virgen de La Merced, y esta festividad fue la excusa para que los trabajadores abandonaran la hacienda. Este día el capataz dejó a los peones con más trabajo del habitual y se fue a disfrutar de las fiestas, pero los peones, cansados del maltrato que sufrían, decidieron abandonar el trabajo y también ir a festejar; posteriormente regresarían a su parroquia natal sin que nadie los viera. En las fiestas se mezclaron entre las personas para evitar ser descubiertos por el capataz, pero él, al verlos, empezó a insultarlos y maldecirlos por la decisión que habían tomado. Ellos, cansados de sus insultos, lo confrontaron, lo dejaron sin palabras y se marcharon hacia la libertad.




ELENA DEL ROCÍO CARVAJAL
vive en Sangolquí, Pichincha. Es representante de Stefanno Mosquera Carvajal, quien estudia en la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

Salvándome a mí

Nosotros, hijos de los migrantes, tenemos historias que narrar. La mía inicia años atrás, cuando despedí a mi madre en el aeropuerto. Me dejó con el corazón roto en mil pedazos y un futuro incierto. Esta narración trata acerca de la desintegración de las familias ecuatorianas, el resurgimiento económico a causa de las remesas de los migrantes y por qué la migración puede ser una de las causas para que nuestros jóvenes actualmente estén sumidos en la delincuencia, las drogas, el alcohol u otros.

El gobierno que, con sus medidas, provocó la salida masiva de migrantes al extranjero, no solo perjudicó nuestra economía, sino a la unidad familiar. Dos millones de ecuatorianos emigraron hacia el continente europeo. El país con mayor concentración de migrantes fue España, por la facilidad que daba el idioma. Otro lugar al que se viajó mucho fue Italia. Recuerdo cuando elegimos este país con mi madre en la agencia de viajes. Hicimos una promesa: ella iría primero y después me mandaría a traer para quedarme a estudiar y trabajar. Así se piensa cuando no se sabe lo que depara el destino.

En los barrios, especialmente al sur de la ciudad de Quito, se concentraron las agencias de viajes. En este sector se generaba la mayor venta de pasajes internacionales para diferentes países. Cada uno representaba la desintegración familiar, pero también, un pasaporte hacia la esperanza.

A las nueve de la mañana llegamos al aeropuerto Mariscal Sucre de Quito, donde encontramos una gran cantidad de gente con pocos recursos; había dolor y llanto por donde miráramos. Ninguno de ellos iba a disfrutar de unas hermosas vacaciones a Miami, en ese tiempo solo las disfrutaba la gente acomodada. Para la gran mayoría, la realidad era otra. Mi madre me miró, sus lágrimas y su silencio se quedaron como nuestro secreto. Observé a otras mamás que se despedían de sus tiernos hijos, dejándolos solos y desamparados. Ellos lloraban y gritaban: “No te vayas, mamita. No me dejes, mamita linda”. Después del adiós, corrían para salir del aeropuerto a la pista de aterrizaje en la zona sur y se encontraban con esas mallas de protección que querían arrancar con sus manitos. Todavía recuerdo su llanto.

Yo no lloré cuando despedí a mi madre. Fingí estar feliz para que conservara el recuerdo de mi sonrisa. Mientras el avión despegaba sentí que me arrancaban algo de mi vida. Todos los que estábamos en ese aeropuerto, que más parecía un cementerio, gritamos y lloramos. ¡Adiós a todos! Padres, madres, hermanos, amigos o familiares emprendían su aventura. Los hijos de los migrantes sabemos de ese dolor. Había personas adultas y también niños. Su tormento había comenzado. Hasta ese entonces, muchos no conocíamos sobre las enfermedades mentales, como ansiedad, depresión, desajustes psicológicos y otras patologías, que son consideradas como "terremotos", no físicos, sino emocionales. Después de los primeros años de ausencia, el país se fue cubriendo con una capa de dolor.

Los días que faltaban para que nos pudiéramos comunicar con nuestros seres queridos se volvían largos. Mi madre me contaba muy triste qué sucedía con los compatriotas allá por Italia. Tenían que esconderse de la Policía de Migración. Las agencias de viajes solo hacían trato con los hoteles para la noche en que se llegaba, al siguiente día te botaban con todo y maletas, tenías que ir vagando por las calles esperando que alguien te ayudara. La comunicación se daba a través de señas, el idioma era difícil, lo único que todos aprendían era *che laboro* (te trabajo). Era deprimente ver los vagones de trenes o las estaciones donde se podía dormir hasta conseguir un trabajo. La fortaleza de todos era saber que sus familias confiaban en ellos, para no morir en un país extraño. Las personas se hacían duras de corazón, aprendían a mirar la vida de otra manera. Mi madre también me contó que existe una institución que ayuda a todos los migrantes. Se llama Cáritas y



fue creada por el gobierno del Vaticano. Los voluntarios ayudan a los migrantes dándoles ropa, comida, medicinas y a conseguir un empleo digno.

Mientras tanto, en Ecuador, la falta del padre o la madre perjudicaba el desarrollo de los hijos. En la provincia de Azuay, donde generalmente hay un alto porcentaje de personas migrantes, en esa época hubo suicidios por falta de apoyo psicológico. Las políticas públicas no pudieron atender este problema social. Con el tiempo, la situación económica del país fue mejorando. Un promedio de mil ochocientos euros ingresaban a los hogares ecuatorianos con algún familiar migrante. Gran cantidad de gente empezó a comprar en los centros comerciales, especialmente en

el sur de la ciudad de Quito. Varias casas de cambio de moneda y bancos pusieron sus locales en cada parroquia y barrio. Lo mismo ocurrió con el sector automotriz, el comercio informal y las constructoras de vivienda. Gracias a las remesas de nuestros migrantes, nuestro país superó la debacle económica.

En esa época aprendimos que un beso puede ser el juguete más caro. A falta de eso, exigíamos que nos mandaran las novedades o la moda del momento; con ello queríamos suplir en algo su ausencia. Nos convertimos en personas materialistas, sin sentimientos.

Transcurrió el tiempo. Los niños o jóvenes que llorábamos ayer hoy somos padres de familia; algunos orientaron su vida por el camino correcto, superando, olvidando y perdonando a nuestros padres por su ausencia. Otros se quedaron en el sufrimiento del ayer.

La migración es un sueño. Algunos despertamos, otros no. Tendremos que aprender a convivir siempre con ella y llevarla de la mejor manera. Las secuelas permanecen. Los hijos de los migrantes aprendimos a luchar cada día por que nuestra familia esté unida y por que esta unión nunca sea remplazada por intereses económicos. Tratamos de ser mejores personas con nuestros hijos, familia y sociedad, en esta dura vida que nos tocó, y no queremos lo mismo para nuestra descendencia ni para el país. Debemos trabajar y dar lo mejor de nosotros cada día, siendo ciudadanos honestos que amamos nuestras costumbres y tradiciones, apreciando los valores culturales de nuestros ancestros, amando nuestra tierra, que es la fortaleza de un país.

A los hijos de los migrantes nadie nos supo guiar ni se nos enseñó cómo se vive en una crisis social. En lo personal, me

refugié en lo sencillo: practicar ejercicio, estudiar y amar, para no formar parte de las estadísticas del suicidio o dejarme afectar por las lacras sociales de la droga, el alcohol o las pandillas.

Algunas veces miro al cielo y pienso que cada estrella es un niño, joven o adulto que se fue de este mundo al no soportar tanta presión; sus nombres: Juan, María, José, Manuel…

Con lo que he relatado he querido manifestar cómo se han destruido familias ecuatorianas y cómo en los afectados por la migración se ha producido un debilitamiento del sistema nervioso y de la personalidad. Esto perjudica a las personas en sus futuras relaciones, ya sean conyugales o familiares. Es fácil observar que la persona que desarrolla estos trastornos irradia toda esa energía negativa hacia sus hijos, quienes, a su vez, sufren de problemas de aprendizaje, emocionales, conductuales, entre otros; además, no tienen una integración normal con el resto de la sociedad y son un blanco fácil para todo tipo de conductas negativas: drogas, alcohol y pandillas, que inclusive los pueden llevar a la cárcel.

La salud mental y el tratamiento de personas que sufrieron la desintegración de su ambiente familiar son lo más importante para que se superen sus traumas y no los transmitan de generación en generación.




LUZ MARÍA GUANOLUISA
nació en Alaquez, Cotopaxi, en 1953. Estudia en el Módulo 2 de la Campaña Todos ABC de la Unidad Educativa Juan León Mera. Su actividad favorita es ser comerciante.

Una mujer que lucha

Puedo comenzar diciéndoles que tuve madre pero no padre, porque él falleció cuando yo tenía cuatro meses de nacida. Desde la niñez, mi vida ha sido muy dura, porque mi madre, cuando yo tenía cinco años, me mandó a trabajar en la ciudad de Quito como niñera. En los momentos en que me hacían cargar al bebé perdía el equilibrio y me caía junto con él. Entonces la señora me

pegaba porque el bebé se golpeaba. Ella trabajaba en el mercado de San Roque.

Una señora que iba a vender capulí por allá me reconoció y me dijo:

—Hija mía, ¿por qué te pegan a cada rato? Yo te conozco, tu mamá está en Latacunga. Si es que quieres yo te llevo a las escondidas y te indico por dónde vive.

Y así fue como la señora me llevó y me dejó cerca de una hacienda. Me puse a andar y en el camino me encontré con mi madre. Ella no me recibió con emoción, solo me dijo:

—Sigue esta calle que en la casa está tu abuelita.

Y de verdad mi abuelita estaba ahí haciendo secar el maíz. Ahí fue cuando me contó que mi madre se había comprometido. Por esa razón, me quedé sin aprender a leer y escribir, porque mi padrastro no quería saber nada de los hijos del primer compromiso de mi madre.

Así fue pasando el tiempo hasta que yo cumplí diez años, pero mi vida seguía igual o hasta peor porque mi padrastro me trataba muy mal, hasta la comida guardaba bajo llave para que yo no me alimentara. Me mandaba sacando de donde vivíamos y yo, como no tenía en dónde descansar, dormía por debajo de las chilcas o, a veces, detrás de la casa. Así pasaba mi vida tan sufrida. Hasta que una vez, una tarde, mi padrastro me pegó por no haber cocinado rápido. Fue tan brutal que yo me sentí muy despechada y desesperada por salir de la casa y librarme de tanto maltrato.

Un día conocí al que ahora es mi marido. Él me vio con los ojos verdes y me preguntó quién me había hecho eso. Yo le dije que mi padrastro y ahí fue que me dijo:

—Ya no sufra, mejor casémonos.



Así fue como me casé con el primer hombre que se cruzó en mi camino, pensando que me iba a librar de tanto sufrimiento. Pero en realidad no fue así. Mi vida fue aún peor porque él nunca fue una persona responsable y la peor desgracia fue vivir al lado de mis cuñadas. Ellas eran muy malas, me insultaban, me hacían la vida imposible por lo que yo no tenía nada, ni herencias de mi madre. La verdad, yo no tenía ni para vestirme. En cambio mi marido había heredado un terreno por parte de sus padres. Mis cuñadas me trataban mal porque yo vivía en ese terreno; ellas hicieron hasta lo imposible para que yo me fuera de ahí pero no lo lograron. Yo me quedé a vivir ahí y poco a poco me compré unos animalitos para poder sobrevivir. Pasó el tiempo y llegué a tener a mi primer hijito, que se convirtió en mi fortaleza y mi felicidad.

ALEXANDRA DAYANARA DÍAZ
nació en Ibarra, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la escuela Hermano Miguel La Salle-Atuntaqui. Sus actividades favoritas son jugar fútbol y leer.

Distinto a todos

Esta es la historia de un chico que no era igual al resto. ¿Por qué? Porque si tú lo hubieses llegado a conocer te habrías dado cuenta de que llevaba un gran vacío por dentro, había perdido la fe en todo y en todos.

En la escuela no tenía muchos amigos, no era el mejor para relacionarse con los demás; en pocas palabras, era muy tímido. Sus dos o tres amigos lo veían reír como cualquier otro chico común y corriente, pero no era más que una sonrisa falsa; lo

hacía para ocultar el dolor que llevaba consigo, ocultaba sus más grandes sentimientos por miedo a que las personas lo hirieran, escondía sus brazos bajo mangas largas para ocultar sus numerosas cicatrices.

En su casa, sus padres no eran lo suficientemente amorosos, no les interesaba si él estaba bien, si comía, cómo le iba en el colegio, no sabían absolutamente nada de él; ni siquiera recordaban su cumpleaños. Todo esto lo llevó a caer en la depresión. En su habitación, su única compañía era la soledad; de hecho, él ya se había acostumbrado a ella, al silencio de todas las tardes, esas infinitas tardes que se convirtieron en su calvario. Este chico intentó combatir el abandono con drogas y una navaja; buscó su felicidad en acciones que solo lo destruyeron, como autolesionarse o inhalar sustancias.

Él perdió el sentido de su vida, simplemente dejó de creer en sus amigos, en la posibilidad de una familia feliz, en el amor, ya no creía ni en sí mismo, tan solo se dio por vencido. Miraba la vida con dolor y coraje, no entendía por qué todo esto le sucedía a él, no comprendía qué había hecho de malo para merecer tanta crueldad, no encontraba respuestas lógicas; de hecho, ya se había cansado de buscarlas.

Tan solo era un chico que intentaba acabar con aquella tristeza que todos los días lo acompañaba. Pero se cansó de luchar, de fingir aquellas sonrisas todos los días, de ser quien no era para agradar a los demás; se cansó de las personas, de las continuas decepciones; se cansó de las mentiras, del dolor, de las humillaciones, de la soledad, del sufrimiento, de las traiciones… Se cansó de sobrevivir en este mundo. Todos los días eran un martirio para él, no sabía qué hacer, adónde ir, qué pensar o cómo actuar. Hasta que una noche, mientras compartía su soledad con su conocida navaja, tomó una decisión.



Al siguiente día, antes de ir a estudiar, se quedó unos minutos en silencio. Después, con lágrimas en sus ojos, fue al colegio, donde estuvo más callado que de costumbre. Sus amigos lo notaron extraño, distante y pensativo. Le preguntaron si le ocurría algo, pero solo guardó silencio. Al finalizar las clases, él ya no regresó a su casa, nunca más lo hizo. Cansado, se dio por vencido, no aguantó más y se suicidó.

Entonces sus padres notaron por primera vez la ausencia de su hijo. Cuando desapareció no supieron adónde acudir pues no sabían nada de él, no conocían ni a sus contados amigos. En aquellos momentos de angustia revisaron su habitación. Allí encontraron una carta en el cajón que decía:

Mamá y papá, lo siento. Si están leyendo esto solo quiero que sepan que, aunque no estuvieron conmigo cuando más los necesitaba, aun así, los quise mucho; de hecho, más de lo que debía. No entiendo por qué nunca se preocuparon por mí; si fui yo quien cometió algún error que los hizo cambiar les pido perdón. No me encuentro a su lado ahora porque he tomado una decisión. Mi vida no fue la mejor, siempre me sentí solo, oculté mis sentimientos y busqué aislarme de todos para no hacerles daño y para que ellos tampoco me causaran daño a mí. Todo dejó de tener sentido en mi vida. Yo solo quería ser feliz y descubrí que en este mundo no lo podría ser. Es por eso que en estos momentos me encuentro en otro lugar, uno donde no sé si seré feliz, pero lo intentaré. No me juzguen por buscar mi felicidad, por no haber sido quien ustedes querían. Perdón por haberlos decepcionado. Siempre los amé a pesar de todo.

Aún recuerdo el rostro de aquel chico, aún recuerdo su "sonrisa", aún lo recuerdo sacando sonrisas a los demás, incluso cuando estaba roto por dentro. Yo nunca olvidaría a una persona como él. Me haces mucha falta en estos momentos y mis ojos se humedecen al saber que ya no estás conmigo, al saber que nos abandonaste a todos.

Aún te recuerdo, tú eras mi amigo…

JUICE MARILIN SHAGÑAY
nació en Pangor, Chimborazo, en 1998. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Monseñor Leonidas Proaño. Su actividad favorita es Leer.

Mi abuelo, el luchador

La historia de un huasipunguero

Mi abuelo vivía en la comunidad de Rumipamba. Era sencillo, trabajador y buen padre. Su nombre era Ambrosio Ati; se casó con mi abuelita, Cristina Aucamala, tuvieron cinco hijos y tres hijas. La familia se dedicaba a las tareas agrícolas todos los días.

El primer hijo de don Ambrosio apenas tenía cinco años, pero ya ayudaba en las tareas del campo; los demás eran incluso más pequeños. Don Ambrosio trabajaba seis días a la semana donde el patrón Rafico y solo uno se dedicaba a estar con su familia y a ocuparse de una pequeña parcela de terreno que le había dado el patrón hacía veinte años por trabajar con él como huasipunguero. En aquellos tiempos, en toda la serranía ecuatoriana, dominaban los terratenientes, quienes mantenían sometidos a todos los indígenas de la provincia y del país. El dinero que don Ambrosio ganaba no le alcanzaba para mantener a la esposa y a los hijos. Se despertaba en las madrugadas, a las tres de la mañana, y se preocupaba mucho por sus hijos, por cómo educarlos, y hacía cálculos para ver cómo hacer rendir el dinero.

Cierto día, el segundo hijo, Enrique, se enfermó de sarampión. Lamentablemente, murió porque no había dinero para curarlo. Fue una gran pena para esa familia tan humilde. Pero a ningún patrón le importaba nada de eso, porque ellos no querían que nacieran varones, sino mujeres, para así tenerlas de muchachas que les sirvieran y violarlas. Por eso hoy en día existen indígenas con ojos de gato blanco, por la mezcla entre dos razas.

Un día mi abuelo y su familia, principalmente sus hijas, se enojaron con el patrón, porque era un hombre cruel e injusto: violaba a las señoritas antes de que se casaran con peones jóvenes. Este sentimiento de indignación creció en cada uno de ellos así como en otras familias. Decidieron luchar, siguieron las ideas y pensamientos de Tránsito Amaguaña, Dolores Cacuango, Fernando Daquilema y el monseñor Leonidas Proaño, quienes verdaderamente lucharon por los indígenas y en contra de tanta humillación.



Al cabo de muchos años, ya en la ancianidad, mi abuelo pudo ver que en las ciudades el racismo seguía presente, aunque no como antes. Los mestizos no se dan cuenta de que gracias a los indígenas tienen suficientes alimentos, pues somos quienes nos dedicamos al trabajo sacrificado en el campo, sin horarios.

Los hijos de mi abuelo crecieron sabiendo que en presencia de Dios todos somos iguales, nadie es más ni menos. Mi abuelito vivió aquellos tiempos de grandes humillaciones y maltratos. Por eso, sus hijos y sus primeros nietos, al conocer su historia, se han preparado para ser alguien en la vida. Creo que el sacrificio de mis antepasados no ha sido en vano, porque hoy en día se ven

los resultados. Sus descendientes son personas profesionales que trabajan en bancos, cooperativas, establecimientos educativos… Hoy son políticos, alcaldes, prefectos, médicos, etc. A pesar de ello, aún sigue existiendo cierto recelo de parte de ambos sectores de la sociedad. Antes de morir, mi abuelito pudo ver los grandes cambios en la población indígena. Contaré esta historia a mis hijos para que la lucha de mi abuelo Ambrosio continúe.

EGDY HIGUEY NAZARENO
nació en Concepción, Esmeraldas, en 1967. Trabaja en la Escuela de Educación General Básica Modesto Aurelio Peñaherrera. Sus actividades favoritas son escribir e inventar recetas de comida.

Pelea de perros

Esta es una historia real que vivió nuestra familia. Éramos cinco miembros en total: mi mamá, llamada Carmela, mis hermanos mayores, Carlos y Stanley, mi hermana menor, Jaine, y yo, Egdy, que entonces tenía quince años de edad y era estudiante de segundo curso del colegio Emilio Uzcátegui. También considerábamos parte de la familia a nuestros fieles y queridos perros llamados Enano, de un año y medio, y Snoopy, de cinco meses. Mi papá no vivía con nosotros, pues mis padres habían tomado la decisión

de dar por terminada su relación. Fuimos criados con profundos valores éticos y morales.

Durante la época de Semana Santa, las familias ecuatorianas viven una profunda religiosidad y mi hogar no era la excepción. Nos obligaban a tapar el espejo; estaba prohibido reír, gritar, correr, bañarse, porque se supone que los hombres se podían convertir en pescados y las mujeres, en sirenas; era pecado escuchar música y peor bailar. Pero en la plenitud de mi adolescencia, incrédula, rebelde y apegada al ateísmo, y con un alto gusto por la música, poco caso le hice a mi madre: cantaba y bailaba mientras realizaba las tareas de la casa. Recuerdo claramente la voz de mi madre: "¡Egdy, apaga la música, no bailes sino Diosito te castigará!".

Mi historia inicia a las ocho y media de la noche de abril de 1982, un Domingo de Resurrección, para ser exactos. Volvimos a nuestro hogar después de una invitación que nos hizo una familia muy querida y cercana a la nuestra para compartir la deliciosa fanesca, plato típico de las familias ecuatorianas en la Semana Mayor. En la casa nos encontramos con Carlos, mi hermano, con su novia de mucho tiempo, que estaba de visita. Vivíamos en la ciudadela Gatazo, al sur de Quito, entre La Mena 2 y Santa Rita.

La novia de mi hermano, de nombre Narcisa, era muy querida por la familia, pero tenía un defecto: nos visitaba desde muy temprano y se quedaba hasta muy tarde. Siempre debíamos ir a dejarla a la media noche en su casa, a cuarenta y cinco minutos de distancia. Aquella vez no fue la excepción, eran ya las diez y nos preparábamos para dormir, cuando Carlos, desde su habitación y ya acostado, gritó:

—Muchachas, den dejando a la Narcisa en la casa.

Yo, molesta, le respondí:

—¡No! Ve tú porque ya está tarde.

Hubo un silencio momentáneo. Después, mi madre propuso que mejor todos la acompañáramos a dejar a Narcisa. Yo accedí, me puse un saco de lana muy viejito que usaba para dormir en las noches frías, un pantalón cómodo y los zapatos sin cordones. Así salimos todos a dejar a la novia de Carlos en su casa, casi con ropa de dormir y acompañados por nuestros fieles animalitos. Llegamos hasta el barrio Santa Rita donde ella vivía y la dejamos a buen recaudo. De regreso a nuestro hogar, todos entrelazamos los brazos y nos pusimos a caminar animadamente conversando sobre las actividades del día. Nuestros perros corrían y se cruzaban entre las piernas; con sus hocicos entreabiertos parecían reír, disfrutaban de nuestra compañía y eran felices.

La noche estaba oscura y fría, no sé si era cómplice o conocedora de lo que iba a suceder, mientras que las nubes negras y espesas apenas permitían que la luna alumbrara la larga y sombría calle con los pocos postes equidistantes que iluminaban cual velas que amenazaban con apagarse. "Ha llovido fuertemente en la tarde", comentó Carlos. Se habían formado grandes cochas de agua y caminábamos esquivándolas, saltando y riendo, muy ajenos a lo que el destino o las circunstancias de la vida habían preparado para nosotros. Llegamos al final de la interminable calle, donde se formaba una Y; una bifurcación conducía al conjunto de casas llamado Plan Solanda, que fueron construidas en el gobierno de León Febres Cordero. El sector tenía mala fama, pero cruzar por ahí permitía llegar en menos tiempo a nuestra casa.

Recorrimos unos metros, pero la poca visibilidad por la falta de alumbrado público no nos permitía ver ni nuestros cuerpos. Sentimos unas cochas de agua gigantes a nuestros pies, el espacio estaba lleno de matorrales, chilca y abundante tubería de cemento. Más adelante, había un poblado bosque con árboles de eucalipto, parecían gigantes con ganas de atraparnos entre sus

largas y pobladas ramas. Tomamos la decisión de regresar por el camino empedrado, o sea el más largo, pero con luz y viviendas en el trayecto. Caminamos unos pocos metros y empezamos a escuchar a la distancia música a alto volumen y voces. Poco después encontramos la casa donde se originaban los sonidos. Esta no tenía cerramiento, afuera había un patio oscuro y dentro de la vivienda las luces estaban encendidas.

De repente, del patio salieron dos perros de raza grande enfurecidos, eran como flechas lanzadas con mucha fuerza. Ladraban estruendosamente mostrando sus grandes, filosos y fuertes colmillos. Iban a atacar a nuestros perros. Nos congelamos del susto. Alcanzaron al más pequeño, tanta era la agresión que el pequeño Snoopy se perdió entre los gigantescos cuerpos de los rabiosos canes. Carlos, para intentar quitar de encima a los agresores, cogió una piedra del suelo y, con ayuda de una rama, logró espantar a los temibles perros.

Nuestra pequeña mascota chillaba y gemía con expresión de fuerte dolor. Con el rabo entre sus piernas, se acercó hasta donde el Enano. Este se puso a lamer su cara. Descubrimos que, a más de las mordeduras en su pequeño y débil cuerpo, su rostro sangraba. Segundos después notamos que un ojo no estaba dentro de su cavidad. Mi hermana gritó horrorizada: “¡Mira lo que le hicieron al perrito!”. Las abundantes lágrimas no se hicieron esperar. ¡Qué espanto e indignación!

Los agresores, con sed de pelea, continuaron ladrando estruendosamente hasta que el Enano entró en acción. A pesar de su tamaño mediano hizo frente a los rabiosos y, aunque no lo crean, salió triunfante y los otros escaparon sollozando al patio, desde donde ladraban y amenazaban con salir nuevamente.

Frente a tanta bulla provocada por los perros, de aquella casa salieron tres hombres y una mujer adulta, a quien confundí con

la Mama Lucha. Ella manejaba un vocabulario soez y ofensivo, tenía un fuerte aliento a licor Cristal anisado. Como si estuviera poseída, comenzó a gritarnos:

—¡Ladrones!

Carlos, mi hermano, le dijo:

—¡Qué le pasa! Cuáles ladrones, pues.

Después les pidió que, por favor, guardaran los perros. Pero ellos estaban tan alcoholizados que no entendían explicación alguna. De repente, salió otro de la nada a quererle propinar un golpe a mi hermano, pero él había sido nombrado sargento de reserva por su buen desempeño en la etapa de conscripción y sabía artes marciales. Gracias a ello, pudo esquivar el golpe y neutralizar al agresor.

Mi madre, para evitar que agredieran a mi hermano y que la pelea empeorara, se puso entre Carlos y el enfurecido y alcoholizado adulto, pensando que respetaría su condición de mujer y su edad. Pero nada de eso le importó a aquel sujeto, quien le propinó un puñetazo terrible. Ella pegó un grito y cayó al suelo. Mi hermana y yo nos quedamos congeladas por la reacción de ese hombre. Al ver a mi madre en el piso, la levantamos. Su nariz se hinchó de inmediato y comenzó a verter abundante sangre. Horrorizadas, llorábamos y gritábamos: "¡Noooo!, ¿por qué? Es una pelea de perros, ¿por qué agreden a nuestra mamá?".

Carlos perdió la compostura y arremetió contra todos los hombres de aquella familia. Era espantoso ver tantas patadas y puñetes contra mi hermano. Él pidió a gritos que fuéramos a pedir ayuda a los vecinos: "¡Corran, muchachas, a llamar al Guaguazo!" (él era un vecino adolescente, grandote, parecía la Mole o el Hombre Verde y era muy buen puñete). Mi madre decía: "¡Sí,

corran, yo me quedo con su hermano!, ¡pero corran, por Dios, que le están desbaratаaaaando a Carlos!”.

Tristes y sollozantes, fuimos a buscar ayuda. Atravesamos un puente, por debajo de él corrían las pestilentes aguas que desembocan en el Guayllabamba. De repente regresé a ver y no encontré a mi hermana, solo mi perro Enano estaba a mi lado. Entonces apareció de la nada una camioneta grande de color negro con las luces encendidas, parecía un furioso búfalo que venía a atacarme. Frenó a raya, después bajaron tres hombres de entre treinta y cinco y cuarenta años, me pusieron una soga al cuello y uno de ellos dijo:

—Ahora te ahorcamos por lo que le hiciste a nuestra familia.



Yo comencé a temblar, lloré a gritos y respondí:

—¡Yo no hice nada, yo no hice nada!

En ese instante, la adrenalina por fin se encendió en mi cuerpo, logré hacer una maniobra, no sé cómo, me saqué la cuerda del cuello y pegué la carrera. Yo era muy veloz, pero en mi huida se me salió un zapato. Seguí corriendo con el que me quedaba y sin medias, como una liebre huyendo de ese rápido búfalo. Finalmente, lograron alcanzarme. Los sujetos se bajaron, pero esta vez me apuntaron con un revólver y me dijeron: "¡Pon las manos arriba!". Yo les obedecí, parecía que estaba viviendo una de las tantas películas que acostumbraba a mirar en la televisión, pero no podía creer que estuviera sucediendo en la realidad. Yo lloraba, mi fiel amigo permaneció todo el tiempo conmigo. Me subieron a la camioneta y descubrí tres heridos: un hombre joven con una herida en un dedo, un adulto con la nariz rota y otro con herida en el estómago, ¡qué cuadro! Junto con ellos me llevaron hasta una clínica en la Villaflora. Mi Enano corría tras la camioneta escuchando mi llanto por la avenida Vencedores del Pichincha. El veloz vehículo pronto lo dejó atrás hasta que lo perdí de vista.

Después de una larga espera, llegó mi familia en un patrullero. Habían denunciado la desaparición de mi hermana y de mí, y nos encontraron. Pensé que todo había terminado y que íbamos de vuelta a casita, pero no. Los policías de la patrulla le dijeron a mi hermano que habían recogido información y que los heridos habían provocado el incidente, que teníamos todas las de ganar, pero que para que hicieran el parte favorable para nosotros les debíamos dar dinero; nosotros no lo teníamos. Mi hermano les dijo:

—Solo cuento con este reloj, es de buena marca.

Lo quitó de su muñeca y se lo entregó al corrupto policía, quien para saber si era bueno lo llevó a su boca y lo mordió.

—Es muy bueno, pero no alcanza para un buen parte, queremos plata —dijo y se quedó con el reloj.

Después llegó otro patrullero que yo imaginé que nos iba a llevar a la casa. Por la ventana observé que los corruptos se quedaban con los agresores. Los nuevos policías nos llevaron hasta el CIC (Centro de Investigación Criminal). Nos recibió un capitán, nos miró y preguntó el nombre y la edad de cada uno de nosotros. Luego pidió que mi hermana Jaine y yo contáramos lo sucedido. Luego, observó que me encontraba sin un zapato, que no traía medias y que estaba orinada. Entonces le relaté todo lo acontecido. Él anotaba todo en una libreta. Después nos pidió que abriéramos las manos, yo no entendía por qué. Yo siempre tenía las uñas muy cortas, no usaba maquillaje, era muy natural, tenía mi cabello ensortijado, no tenía aretes y estaba sin brasier porque cuando empezó todo ya me disponía a dormir. El capitán dijo: “Son adolescentes, mujeres y menores de edad, estas chicas son inocentes”. Luego revisó a mi madre y también dijo: “Es inocente”. Por último se ocupó de Carlos, le interrogó, detectó un leve corte en la palma de su mano y le preguntó dónde se lo había hecho. Mi hermano, siguiendo las enseñanzas de mi mamá, que siempre nos decía que la verdad debe ir por encima de todo, relató todo lo sucedido y confesó ser el culpable de aquellas heridas a los ciudadanos. El capitán le dijo: “Eres un valiente y un hombre de verdad por confesar tu culpa. Por eso, voy a elaborar un informe favorable, para que no te den muchos años en la cárcel, porque hay gente herida y uno está grave. Sin embargo, te quedas detenido para investigaciones”.

Las tres mujeres lloramos abrazadas cual Magdalenas. No podíamos creer todo lo vivido aquella noche. Seguí pensando que todo iba a acabar y que retornaríamos a casa, aunque sin mi hermano. En realidad, pasamos tres noches y dos días en

el CIC mientras realizaban las investigaciones. Los vecinos, las autoridades de la escuela de mi ñaña y las de mi colegio nos apoyaron dando excelentes informes de conducta y aprovechamiento. Fuimos enviadas al Hogar de Tránsito en Conocoto. Después de haber pasado quince días en aquel lugar, determinaron nuestra inocencia y quedamos en libertad.

Por fin volví a mi hogar, tenía muchos deseos de ver a mis fieles amigos. Pero recibimos la triste noticia de que el Enano había sido asesinado a palazos por el Guaguazo. Los vecinos adujeron que el perrito lloraba todas las noches por nuestra ausencia y no les dejaba dormir. Snoopy fue envenenado a los pocos días. A pesar de haber sido la agredida y tener la evidencia del golpe en su rostro y la nariz torcida, mi madre fue condenada a cumplir tres meses de reclusión en la cárcel de mujeres del Inca. Mi hermano se declaró culpable de haber herido a esos sujetos por defenderse y ayudar a mi mamá. Fue condenado a cumplir un año de reclusión en el penal García Moreno.

El diario *El Comercio,* en sus páginas sensacionalistas, desinformaba: "Banda de ladrones, asaltantes y traficantes que operaba al sur de Quito, en el barrio Santa Rita, fue desmantelada. Una familia de negros compuesta por cuatro hombres y una mujer blanca atacaron a una familia del sector con armas blancas cortopunzantes. Hirieron a cuatro de sus miembros luego de darse un *battle royal*".

Durante muchos años, las palabras de mi mami se clavaron como alfileres en mi conciencia y llegué a pensar que en verdad Dios había castigado a mi familia, por mi culpa, por haber escuchado música y bailado en Semana Santa.




MARÍA ROSA GUANOTUÑA
nació en Latacunga, Cotopaxi, en 1985. Estudia en el Módulo 2 de la Campaña Todos ABC de la Unidad Educativa Juan Abel Echeverría. Sus actividades favoritas son estudiar y leer.

Justicia

Mi niñez fue hermosa y, al mismo tiempo, dolorosa. Cuando tenía siete años, descubrí que mis padres, en realidad, eran mis abuelos. Ellos me contaron que, cuando mi madre se quedó embarazada, mis papás eran muy jóvenes y no podían cuidar de mí, entonces me dejaron con ellos.

Me llevaron a Latacunga para que pudiera conocer a mis verdaderos padres y, cuando llegué, ellos me pidieron que me quedara allí a vivir. Pero pronto me di cuenta de que solo querían

que cuidara de mis hermanos. Sentía que no me querían y me sentía muy sola, porque no recibía su cariño y extrañaba mucho a quienes yo consideraba mis padres de verdad: mis abuelitos. Pasó el tiempo y un día me llevaron a la casa de una señora para que la acompañara. Me dijeron que pronto regresarían a verme, pero pasó un mes y nunca llegaron. Entonces, lloraba mucho, porque los dueños de casa eran mis jefes y yo su empleada. Lo peor era que yo no hablaba español, solo quichua, no entendía nada y me vestía como en el campo. Todo era muy duro.

Un día, mi abuelita fue a visitarme y yo quería irme con ella. Llorando me dijo que no podía llevarme, porque mi mamá me había dejado allí para que trabaje, y se despidió. Esos señores eran muy malos y les habían dado un dinero a mis padres por mi trabajo. Para mí era muy duro no entender nada de lo que decían, pero poco a poco me fui acostumbrando. Había una chica que trabajaba en esa casa, se llamaba Eva. Ella me ayudaba mucho: nos entendíamos por señas. Por órdenes de los jefes, me ayudó a cambiar mi ropa del campo por una nueva. Fue muy difícil para mí dejar de vestirme como lo había hecho toda mi vida. Aprendí a hablar en español gracias a Eva, era como mi hermana mayor. A los nueve años, me ayudó a entrar a la escuela y pasé a segundo grado con su ayuda, incluso, me daba dinero para comprar la lista de útiles. Un día llegó mi madre a mi trabajo. Me imaginé que iba a llevarme, pero solo vino a pedir más plata. La señora decidió que no podía estudiar más, porque iba a perder el tiempo y no podría pagar la deuda de mi madre.

No tenía tiempo para nada y perdí el año, porque no alcanzaba a hacer los deberes. Pero Eva me dijo que no debía hacer caso, que debía estudiar e ir a la escuela. Pasaron dos meses y mi jefa le avisó a mi madre. Yo estudiaba en la jornada nocturna en la Escuela Elvira Ortega y ella fue hasta allá y me sacó.



Durante algún tiempo solo trabajé y entré a estudiar nuevamente a los trece años. Pero a esa edad yo ya no quería estudiar y me retiré. También dejé de trabajar y nunca recibí ni un centavo, todo el dinero se lo dieron a mi madre. Un día me escapé de aquella casa y me fui a donde mis padres. Ellos estaban muy enojados, entonces puse algunas condiciones para regresar: ya no iba a trabajar puertas adentro. Fue una mala decisión, porque mi madre se volvió más cruel conmigo.

Encontré otro trabajo —también era puertas adentro— y mi mamá pidió dinero adelantado; esa señora se negó y, por primera vez, me pagaron. Para mí, era bastante plata y me compré zapatos, hice compras para mis hermanos y fui a visitar a mi abuelita. Al

poco tiempo, una señora ofreció llevarme a Quito y me fui. Al año, regresé a Latacunga. Ya había madurado, ya no estaba dispuesta a dejarme maltratar por nadie.

Un día, decidí ir a hablar con mis padres, porque quería irme a España, pero no me dieron permiso. Mis jefes de ese entonces me ayudaron a sacar los papeles, querían llevarme como su hija, pero mi mamá me detuvo y me encerró en su casa. Pasó el tiempo y me enamoré de un hombre. Me quedé embarazada, pero él no quiso hacerse cargo de su hijo, me dijo que no quería saber nada y que debía abortar. Yo lo amaba mucho y pensé que debía hacerle caso. Entonces, me fui a la iglesia, lloré mucho y le pedí a Dios que me diera una señal para no hacerlo. Salí de ahí, caminé por la plaza y vi a aquel sujeto con otra mujer; inmediatamente supe que él no me quería. De todas maneras, fui a la cita que teníamos y me dio tres pastillas para terminar con el embarazo. Dijo que era la mejor opción, porque éramos muy jóvenes —él tenía veintiséis años y yo dieciocho—. Pero discutimos y le dije que, a pesar de que él no quería a ese bebé, yo lo iba a tener. Me pegó, me pidió que me olvidara de él y se fue.

Yo me sentía muy decepcionada y sabía que debía enfrentarme a mis padres. Esa tarde fui hasta allá y, cuando llegué, él estaba allí con sus papás. Querían aclararle a mi familia que no iban a hacer nada por mi hijo. Mis padres me echaron de la casa y tuve que irme. Un amigo me prestó dinero para arrendar un cuarto. Wilian me dio su apoyo y prometió que me iba a ayudar en todo lo que pudiera. Tuve que trabajar muchísimo.

Cuando tenía ya ocho meses de embarazo, me encontré con el padre de mi hijo y quiso atropellarme, pero Wilian me salvó. Al mes, empezaron los dolores y nació mi hijo. El único que estuvo conmigo fue él: mi mejor amigo, incluso se hizo pasar por el padre del niño. Yo esperaba que mi familia viniera a verme, pero nunca

sucedió. Me fui con Wilian, su hermana me cuidaba mientras él trabajaba. Poco a poco, nos empezamos a enamorar, pero su familia no me aceptaba, porque tenía un hijo que no era suyo y él apenas tenía dieciocho años.

Decidimos casarnos, porque nos queríamos mucho. El día de mi casamiento, llegó mi expareja y me dijo que él quería casarse conmigo; se armó un lío y no pudimos hacerlo. Así que, en el segundo intento, nos casamos a escondidas, solo con mi jefa de testigo. Para festejar, nos fuimos al mercado a comer yaguarlocro y mi jefa nos regaló un pastel. A los cuatro años, tuve una hija con Wilian y, luego de un tiempo, otra. Formamos un hogar de cinco integrantes y soy muy feliz. Un tiempo tuvimos que vivir con mis suegros y las cosas se pusieron feas. Teníamos problemas de pareja, sobre todo porque ellos a veces le pegaban a mi hijo. Entonces, decidimos endeudarnos y comprarnos un terreno, para construir una casa. Al principio, solo estaba tapada con plásticos, pero con esfuerzo logramos acabarla y vivimos bien.

Cuando mi hijo cumplió cinco años, su padre me buscó para pedirme perdón y porque quería reconocerlo, pero yo no acepté. Él me puso una demanda para quitarme a mi hijo, con pruebas de ADN y todo. Durante el juicio, le pidieron a mi niño que reconozca a su papá y no pudo porque no lo conocía. Entonces, el juez se dio cuenta y lo detuvieron por mentir y por nunca haber ayudado con la crianza de su hijo. Iba a ir preso por cuatro años, pero decidí que Dios se encargue de él.




RONNY NICOLÁS GARCÍA nació en Durán, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es entretener a la gente.

Autoridad descarada

A lo largo de mi vida he sido testigo de muchos casos de abusos o maltrato por parte de personas que creen ser superiores; incluso las autoridades se propasaban. Nunca fui capaz de hacer algo para evitar esta clase de atropellos y fue terrible cuando tuve que pasar por algo similar.



Recuerdo que, hace algún tiempo, me encontraba realizando uno de mis frecuentes viajes del Carchi a mi natal Guayas. Como siempre, tomé el bus que me llevaba directo a Ibarra para de allí embarcarme en un transporte interprovincial que me llevaría a mi destino en la madrugada.

El bus se encontraba saliendo de Mira en dirección al control que queda pasando Mascarilla. Yo me encontraba muy tranquilo, sentado, apoyando mis rodillas en el asiento del frente, con mi maleta debajo de mí y escuchando música para tratar de hacer el viaje más corto. El bus se detuvo en el control y subió un oficial que empezó a caminar por el pasillo y a mirar

a los pasajeros uno por uno, de izquierda a derecha; parecía que nadie se escapaba de su mirada.

Poco después, él se paró frente a mí y se quedó observándome fijamente. Luego, me dijo: "Dame tu cédula o bájate de una vez", y siguió de largo. Yo me quedé extrañado, no sabía qué hacer. Además no entendía por qué me había dicho eso. Cuando volvió a pasar por donde mí dijo: "Eres colombiano, baja y déjame ver tu maleta". Fui con él para mostrarle lo que tenía dentro de mi equipaje y con la intención de darle mi cédula para que me dejara en paz.

Me parece que él creía que yo tenía algún tipo de sustancia o algo de contrabando. Cuando me dijo que yo era colombiano, le quise explicar desde un principio de dónde venía realmente, pero era tan testarudo que no me dejaba hablar.

Lo peor fue que el bus quedó estacionado hasta que yo volviera y, para empeorar las cosas, no podía encontrar mi cédula. Empecé a pensar que tal vez el oficial me iba a tener allí hasta que le enseñara alguna identificación, sin importarle si el bus me dejaba allí botado.

Cuando él se apartó del lugar por un momento, de repente encontré mi cédula, pero cuando se la quise enseñar él ya no estaba. Tuve que ir a buscarlo para que me dejara volver al bus. Él solo alzó la mirada y me dijo: "Siga, siga nomás". Yo lo observé fijamente y volví al transporte.

He pensado que tal vez el oficial no quiso pasarse de listo conmigo solo por ser una autoridad, sino que simplemente cumplía con su trabajo. Nos habríamos evitado todo eso si él hubiese escuchado, pero su ignorancia lo hizo actuar con aires de superioridad.




NATALY VIVIANA GUAYULEMA
nació en Pull San José, Chimborazo, en 2007. Actualmente es estudiante en la Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe 16 de Marzo.

Ambrosio Lasso

Nuestros padres cuentan que, por los años 1952-1960, en tiempo de los hacendados, existía mucha violencia y maltrato a quienes trabajaban para ellos. Nunca recibían ninguna paga, solo trabajaban a cambio de alimentación, las mujeres hermosas eran abusadas sexualmente por los patrones, les quemaban sus casas, les quitaban sus animales y castigaban a los hombres con cabrestos, como si fueran animales salvajes.

En esa época no había defensas para los pobres campesinos ni leyes a favor de las comunidades indígenas, en parte porque ellos no conocían la educación y ni siquiera podían viajar a las grandes ciudades para saber de leyes o de educación. Los terratenientes odiaban a la gente pobre y se aseguraban de que no supieran ni leer ni escribir.

Hasta que en una comunidad indígena nació un líder que se llamaba Ambrosio Lasso, quien, sin conocer la ley o la educación, empezó a defender a sus hermanos indígenas ante los abusos. Tenían reuniones a escondidas a la medianoche para ver cómo se defenderían y comisionaban al líder para que fuera a Riobamba a enterarse sobre leyes de educación y de defensa de los pobres. Ese líder también quiso aprender a hablar la lengua castellana,



gracias a un abogado que los ayudaba, aunque pasaron años sin que los comuneros pudieran enfrentar a los hacendados, pues el líder apenas sabía el idioma y solo entendía más o menos la ley.

Cuando los hacendados supieron que el líder estaba descubriendo sobre la educación y los derechos indígenas, lo secuestraron para matarle. Lo pusieron en una caja y la arrojaron a un río grande para que se la llevara. Pero el líder no murió, después de algunos meses fue encontrado por los militares en las costas de las islas Galápagos, quienes lo llevaron para que trabajara como su cocinero. Más tarde se hizo amigo de un general, quien lo reclutó y le enseñó sobre educación, leyes indígenas y a hablar bien el castellano.

Después de cinco años regresó al continente como el coronel Ambrosio Lasso, para defender a los pobres indígenas y darles a conocer la educación y la ley. Además luchó y enfrentó a los hacendados para que pagaran remuneraciones y liquidaciones a los trabajadores; y exigió al Gobierno que llevara la educación a las comunidades indígenas a través de programas de alfabetización.

Gracias a Dios, a los gobiernos de turno y a las autoridades indígenas, hoy nuestros hijos pueden estudiar y ser profesionales y autoridades en diferentes provincias del Ecuador.




ALEJANDRO ZAPATA
estudia en el Centro de Atención para Personas Adultas Privadas de la Libertad de Ibarra.

Fe en una buena vida

Me llamo Alejandro David Zapata Zapata, nací un 3 de agosto de 1991, en la actualidad tengo 26 años. Mi vida ha sido muy difícil. Desde mi niñez fui inquieto, pero muy dedicado a mis estudios. Fui el primer hijo y también el primer nieto; como entenderán, me consintieron hasta más no poder. A mi madre, mi querida madre, le tocó luchar día a día por mí y por mi hermano

menor, pues ella fue y es padre y madre a la vez. Aunque no tuve riquezas económicas, crecí en medio del amor y la rectitud que ella me inculcó.

Desde muy pequeño sentí un gusto muy especial por la oración y la santa misa. Cierto día, en un parque del barrio donde vivía, miré a un grupo de cuatro o cinco niños reunidos con un señor. Cuando me acerqué se presentó como Lucho. Este hombre era un misionero laico que se dedicaba a rezar el Santo Rosario por todas partes, en una casa diferente todos los días; además, predicaba y enseñaba a predicar la palabra de Dios. Después de jugar con él, nos sentamos, me contó una linda historia y me invitó a ser parte de un enorme grupo misionero laico, Los Rezadores del Santo Rosario.

Desde ese día mi vida empezó a cambiar. Lo primero que hice fue ir a comprar una cadena con una cruz y, de entre mis viejos libros, desempolvé una Biblia que pertenecía a mi abuelita. Le conté emocionado a mi madre lo que había sucedido pero no le dio mucha importancia. Sin embargo, yo seguí empeñado en asistir a ese grupo. El problema era que las reuniones se hacían en las noches, desde las 19:30 hasta las 22:00, y como yo era solo un niño de nueve años no sabía qué inventar para poder asistir.

Por cuestiones de la vida, mi madre consiguió un trabajo nocturno en un bar. Esto me dio mucha alegría porque así logré asistir a las reuniones del grupo. Desde mi primer día allí mi único deseo fue convertirme en sacerdote, pero no todo fue color de rosa pues empezaron los problemas. Mi madre se enteró de mis salidas nocturnas y decidió dejar el portón cerrado con candado, pero yo, movido por mi fe y deseo de seguir aprendiendo, me trepaba por una pared y salía a la calle. A mi regreso, los compañeros del grupo me ayudaban a retornar a mi casa por la misma pared por donde había salido.

Pasaron un par de años. Yo ya sabía de memoria todo el Santo Rosario, sus veinte misterios, sus letanías y seguía el mismo orden en las oraciones que mi primer maestro, Lucho.

Cierto día fui al parque Pedro Moncayo a tomarme unas fotos que necesitaba para un equipo de fútbol de mi escuela. Mientras el dueño del local las revelaba, una pareja de señores se puso a charlar conmigo. Entre conversa y conversa me propusieron ser monaguillo de los padres capuchinos. Hasta ese entonces yo no sabía nada sobre el servicio en el altar, pero sin pensarlo dos veces, con alegría, aunque también con preocupación por no saber nada acerca de este rol, acepté. Entonces ellos me dijeron: "Le esperamos a las 08:00 en la iglesia de San Francisco".

La verdad al principio no sabía ni cómo llegar, pero el domingo estuve allí media hora antes de lo acordado. Hablaron con el superior, él me aceptó, me dio un vestido blanco que se llama alba y un cordón para atar a la cintura llamado cíngulo. Esto sucedió el 6 de abril del año 2000 y fue el día más feliz de mi vida, nunca lo olvidaré.

Pasaron las semanas, los meses y finalmente un año. Había aprendido muy bien mi oficio; es más, empecé a incentivar a que mis compañeros formaran parte de mi primera escuela de monaguillos. Llegué a tener seis u ocho alumnos; yo era siempre el que organizaba el trabajo que cada uno debía realizar.

Todo iba bien, crecía y cada día tenía mayor certeza de que quería e iba a luchar por ser sacerdote. Fue entonces cuando le conté a mi familia acerca de mi inclinación religiosa, pero una vez más no lo tomaron en serio. Busqué los medios y las personas que me pudieran ayudar a realizar mi deseo vocacional en medio de las burlas de mi familia. El Santucho o El Cura eran los apodos que me gané por querer ser sacerdote. Gracias a mi guía espiritual, entendí que cuando se decide seguir a Dios hay que luchar y



muchas de esas luchas empiezan en la propia casa y con la propia familia. Nada apocaba mi deseo de ser cura, como ellos me decían, y mucho menos la gran ilusión de servir a Dios en su Iglesia.

Pasaron los años, me convertí en un adolescente dinámico y muy dedicado a lo que me gustaba: la Iglesia. Ingresé al convento de los padres mercedarios, mi presencia era de gran agrado para el superior y el padre provincial.

En esa época, hubo muchas chicas de mi edad que se sintieron atraídas hacia mí. Esto fue algo muy complicado. Sin embargo, sentía que nada ni nadie haría cambiar o siquiera hacerme dudar de lo que yo había decidido ser. Por cuestiones del destino, conocí a una linda chica que me invitó a una fiesta, yo acepté y

fui. Ella y yo terminamos envueltos en las sábanas de su cuarto. Después me sentí mal, no la volví a buscar pero ella a mí sí y me dio una noticia que cambiaría mi vida totalmente: ella había quedado embarazada. Yo lloraba desesperado, no lo aceptaba, no quería que fuese cierto. Todo el esfuerzo que había hecho para llegar hasta donde estaba dentro de la Iglesia se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

Sin pensar ni desearlo me tocó ser papá de una linda hija que hoy tiene ocho años. Aún no conozco lo que Dios quiere de mí. Todavía tengo el deseo inmenso de ser un buen sacerdote, pero como no es posible me esfuerzo por ser un buen papá y un buen hijo. Algo que nunca olvidaré es la lección que aprendí el día que supe que iba a ser padre: una decisión puede cambiar todo el rumbo de una vida, ya sea para bien o para mal.

Pero mi historia no acaba ahí. Mi vida comenzó a complicarse, mi hogar fracasó. En la actualidad estoy soltero, tengo dos bellos hijos por los que he tratado de ser el mejor, pero la cruda realidad es otra. A partir de mi salida del convento todo cambió para mí; hasta hoy siento nostalgia al ver a muchos de mis compañeros, e incluso a otros que ingresaron después de mí al seminario, que ya son sacerdotes.

La situación económica que vive nuestro país, la falta de empleo y la responsabilidad que tengo con mis hijos me llevaron a tomar decisiones equivocadas, una de ellas fue la peor: robar. Es por esa razón que hoy me encuentro privado de mi libertad pagando una pena de cuarenta meses por robo agravado. Al principio sentía mucho coraje y lo único que deseaba y pensaba en las noches era cómo vengarme de aquellos que me hicieron este daño. En ese entonces yo no entendía algo: el único culpable de esta desgracia soy yo por mi mala decisión. No elegí el bien, sino lo más fácil,

pero eso solo da un gozo temporal. El dinero, la ropa, la comida, todo eso pasa de moda, se destruye o se acaba.

Aquí logré entender que la verdadera riqueza de una persona es la familia. Hay que amar a nuestras madres, padres e hijos, estar en paz con uno mismo, compartir las ilusiones, los logros, pero también los fracasos. El mayor error de un ser humano no se encuentra en lo intelectual o económico, sino en decidir no ser mejor. Yo, Alejandro Zapata, he decidido ser mejor que ayer, quiero salir, estudiar leyes y especializarme en derechos humanos; estos existen desde hace muchos años, pero se violan y no se respetan a diario. La gente mal entiende o quiere imponer el respeto cuando en realidad tiene que ganárselo valorando a los demás y entendiendo que donde terminan mis derechos es donde empiezan los de los otros.

Hoy sé que si Dios me tiene vivo es porque aún espera mucho de mí. Sé que soy capaz y lo voy a lograr. Ya le di angustia y decepción a mi familia, mi madre y mis hijos, ahora quiero ser un motivo de orgullo para ellos, y también la voz que defienda los derechos de las personas que por ignorarlos no los hacen respetar, pues no basta con conocerlos, hay que luchar para que se cumplan.



MARÍA VALLA nació en San Guisel Bajo, Chimborazo, en 1970. Actualmente es agricultora. Su hija María Valla estudia en la escuela Carlos Arturo León.

La cosecha

En los tiempos en que las haciendas eran muy comunes había patrones que tenían terrenos para la producción de cebada y trigo. La siembra se realizaba en los meses de octubre y noviembre de cada año.

Nuestros padres trabajaban solo para los dueños de una hacienda. Para la cosecha de los cereales, el mayordomo, que era la voz oficial del patrón, reunía a toda la comuna y hacía que los miembros de las familias utilizaran hoces para cortar la cebada y el trigo y, después, unas sogas para cargar lo recolectado. Todos

se reunían para trabajar mientras cantaban el Jahuay, silbando y gritando a manera de agradecimiento por los frutos de la tierra, pero también por la ira ante la presión en que se vivía.

Después de los días de la cosecha se realizaba la trilla con los caballos y los burros, haciendo que pisaran los cereales desde muy temprano. Luego, se limpiaban los productos con la ayuda del viento y se juntaba todo en costales para entregarlos a los patrones. Ellos vendían lo cosechado para darse la buena vida e irse de paseo a otros países. En cambio, a los indígenas se les daba una ración mínima de los cereales. Con ellos, elaboraban harina, arroz de cebada y máchica, que servían para el sustento de las familias.



SONIA MILENA NAVARRETE
nació en Pimampiro, Imbabura, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Otavalo. Su actividad favorita es leer.

Rosalinda

Esta mañana me sentí muy inspirada para escribir y contarles que mi corazón se entristece mucho recordando el lugar donde viví hace muchos años. Allí pude presenciar claramente el sufrimiento de unos y el desinterés de otros, que cruzaban las calles sin mirar lo que pasaba a su alrededor. En ese sitio sucedían muchas cosas. Quiero compartirles una de ellas, que marcó mi corazón y deshizo mi alma.



Rosalinda era una mujer de aproximadamente treinta y cinco años de edad. Tenía tez trigueña, mirada alegre y pretenciosa, contextura gruesa; era sonriente y agradable, pero llegó a un lugar equivocado. Se trataba de un parque donde predominaba el alcohol, que era obtenido de manera difícil y cuidado de diferentes formas. A veces se peleaba por una copa; los puños, desviados y embrutecidos, no llegaban a ninguna parte. En otras ocasiones se lo mantenía escondido bajo una banca, pero era custodiado desde lejos para que nadie hurtara ese tesoro que hacía olvidar las penas. De cuando en cuando, los habitantes del parque encontraban

alcohol en las calles solitarias, abandonado después de una buena farra. Lo ocultaban en un bolso viejo, simulando que era otra cosa y sirviéndoselo a cucharadas para no levantar sospechas de sus camaradas que, como aves de rapiña, se mantenían al acecho para ver quién lo poseía. El alcohol despertaba su interés por comer alguna cosa que cayera en sus manos y gracias a él sentían que no tenían que enfrentar sus responsabilidades.

A este mundo llegó Rosalinda, que hacía honor a su nombre por su belleza. Ella también empezó a aprovechar las oportunidades que la vida le presentaba para obtener este néctar de la perdición. Poco a poco, su belleza se fue apagando. Su rostro de tez trigueña se volvió morado, como si hubiera recibido constantes golpes. Su boca engrosó de manera descomunal; ya no parecía un humano sino un pato. Su cuerpo, grueso pero formado, se convirtió en una sola masa sin sentido, sucio y ennegrecido por la falta de cuidados. Sus piernas se hinchaban mucho y ella, llorando, pedía a sus compañeros de juerga que las fregasen porque no aguantaba el dolor insoportable. Sufría, pero si había una copa se la tomaba entre sollozos.

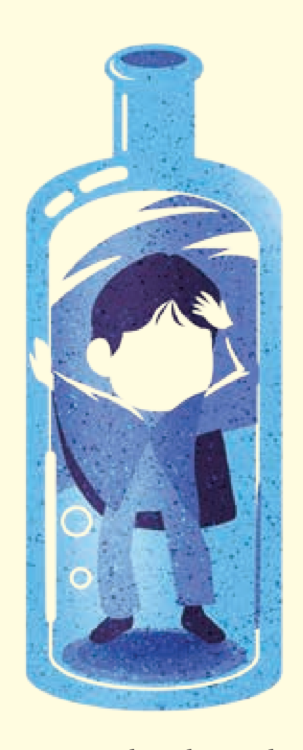
Una mañana, como tantas otras, Rosalinda parecía estar acostada en la vereda, descansando de una gran borrachera y de sus dolores inmensos. Sus amigos trataron de despertarla, fregaron sus piernas creyendo que no respondía debido al dolor. Pero no, había perdido la vida mientras dormía. Todos se fueron y quedó sola, completamente sola, como había llegado.




SEGUNDO SAMUEL CUÑAS
nació en Guamote, Chimborazo, en 2002. Actualmente es estudiante en el Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe de Educación Básica Silvia Guevara Pérez.

El cambio

Recuerdo que, cuando era un niño pequeño, mi papá se volvía muy malo cuando tomaba con sus amigos; llegaba a la casa borracho y le pegaba a mi mamá. Eso a mí me daba mucha pena porque veía cómo ella lloraba y quedaba con los ojos verdes. Ambos discutían un montón porque estaban endeudados con una cooperativa y ya no tenían plata para pagar; después de un tiempo nos terminaron quitando todas las cosas que teníamos.



Nos fuimos a vivir a Riobamba y desde ahí yo tenía que viajar a Pull, al colegio, para estudiar. Vivimos un año en esa ciudad. A veces yo no regresaba por una semana a la casa y hacía llorar a mi mamá. Me quedaba con mi tía y con mi primo. Con él aprendí todo, me enseñó a tomar y me junté con malos amigos. Formábamos un grupo de más de diez personas que caminábamos por todos lados. Con ellos iba a todas las fiestas, tomábamos, hacía lo que quería y nadie me decía nada. A veces nomás iba donde mis padres, solo cuando se me terminaba la plata; entonces ellos me daban más y yo regresaba donde mi primo. Empecé a tomar desde los doce años.

Pasó un año, mis padres lograron pagarle todo a la cooperativa y mi mamá regresó a vivir en la comunidad. Yo empecé a irrespetar a mis padres, para mí la vida ya no era tranquila como antes. Por tomar ya no me importó el estudio, iba al colegio pero solo porque mis padres decían que lo hiciera.

Mis amigos y yo íbamos a otras comunidades a tomar y pelear con otros jóvenes. La gente nos criticaba pero a nosotros no nos importaba nada de lo que dijeran otras personas. Decidimos ponernos aretes. Después de tres meses mi mamá me descubrió y me dijo que me los sacara, pero yo no lo hice porque en las tardes todos los de mi grupo nos los poníamos. Un día conocí a una amiga de otra comunidad y ella me dijo que ya no me juntara con esos amigos. Quise hacerlo, pero como mi primo era uno de ellos no me dejaba estar solito, siempre salía con ellos. Yo tomaba donde sea, no me importaba dónde, después volvía borracho a mi casa. Un día mi papá me habló llorando, me dijo que no debía andar así, pero yo no pude dejar de tomar. Mi hermano también era parte de mi grupo, pero yo soy el peor de los hijos, porque soy el que más toma.

Mis padres se hicieron evangélicos y ahora asisten a la iglesia pero yo no voy para nada. Cuatro hijos van allá mientras los demás tomamos, para nosotros es algo normal. El primero de nuestros hermanos es pastor de la iglesia, él nos dijo que tenemos que ir, pero yo no lo hago.

Desde que mis padres se hicieron evangélicos ya no discuten. Mi papá no es como antes, no le pega a mi mamá. Ahora ellos viven felices. Mi primo y yo somos los más criticados en la comunidad.

Cada tarde, después de jugar, nos vamos a San Gonzalo donde mi amiga. Ahora que tengo quince años me comporto peor y sigo llegando borracho a mi casa. A veces mi mamá se da cuenta y me pega, pero no cambio. En ocasiones pienso que estoy haciendo muy mal y quiero cambiar, pero no puedo.

Tomo tres veces a la semana, incluso empecé a hacerlo en el colegio. Un día, en el receso, la profesora se dio cuenta y nos habló. Desde entonces solo tomo las tardes, cuando me voy al centro con mi grupo. Yo pienso que soy así porque de pequeño vi cómo discutían mis padres, pero tengo fe que algún día cambiaré mi actitud.




JAIRO L. YAROSLAV GÓMEZ
nació en Cotacachi, Imbabura, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Cotacachi. Su actividad favorita es tocar guitarra.

Utopía de cuatro amigos: el sueño continúa

Transcurría el año 1985, el tirano León Febres Cordero gobernaba el Ecuador. En la apacible Cotacachi no pasaba nada, se vivía un realismo mágico muy similar al de Macondo de *Cien años de soledad*. Carlos, Daniel, Vicente y José, cuatro jóvenes

bachilleres, cumplieron el sueño de viajar a Quito a realizar sus estudios universitarios, donde los acogió la Universidad Central. Carlos se matriculó en la escuela de Química y Farmacia; Daniel, en la escuela de Periodismo; Vicente, en la escuela de Economía, y José, en la Facultad de Filosofía, para especializarse en Historia y Geografía.

Llegó la hora esperada, cargados de mucha ilusión y con la rebeldía juvenil a flor de piel emprendieron el viaje a la capital para iniciar el preuniversitario. Un ardiente sol de agosto encendía la tarde de domingo cuando subieron al bus de la histórica Cooperativa de Transporte Cotacachi que les llevaría a su destino. Tras aproximadamente un mes de intensos estudios aprendieron al dedillo el materialismo histórico y dialéctico, los problemas del mundo contemporáneo y los fundamentos de *El Capital,* de Marx, y así aprobaron con éxito el preuniversitario. Había llegado la hora regresar a la entrañable tierra: "Cotaca", como la llamaban en el grupo de panas.

Cotacachi celebraba sus Fiestas de la Jora. Camaretas, truenos y un desfile motorizado anunciaban el gran pregón. Era la oportunidad de encontrarse con las muchachas y tomarse unos hervidos con los panas. La diversión se extendió hasta las dos de la madrugada. Carlos, Daniel, Vicente y José, por coincidencia, fueron los finalistas del grupo de amigos, así que decidieron terminar la jornada en la cantina del Rubén "cuyago". Una guitarra, aguardiente de caña y un acalorado debate político los esperaban en aquel lugar. Por ese tiempo se regó como polvorín la noticia de que tres jóvenes mayores que ellos habían sido detenidos en algún lugar de Esmeraldas, acusados de guerrilleros. ¡Había que seguir su ejemplo! Los cuatro amigos se prometieron subir a la montaña y bajar con el ejército popular para tomarse el poder con las armas y derrotar a la oligarquía.

Transcurrió poco tiempo entre placeres prohibidos, noches de guitarra —con sus respectivas serenatas— y los infaltables debates profundos sobre política y revolución, hasta que a inicios de enero de 1986, cada uno por su lado, los cuatro pasaron a formar parte del grupo subversivo AVC (Alfaro Vive Carajo). Durante algunos meses recibieron una exigente formación política y militar, y participaron en algunos operativos de recuperación (asaltos a bancos); afortunadamente salieron sanos y salvos de estas experiencias donde se arriesgaba la seguridad y hasta la vida.

A mediados del año 1986 sucedió lo inesperado, un aparatoso accidente de tránsito dejó a Carlos con su pierna derecha casi destrozada. Fue atendido en la sala de emergencias del Hospital San Vicente de Paúl y fue trasladado a Cotacachi, para que realizara



una larga rehabilitación en su casa. Entonces llegaron las fiestas de fin de año, los solidarios amigos: Daniel, Vicente y José visitaron a Carlos y le convencieron de salir a los bailes que se organizaban en algunos barrios tradicionales de la ciudad. Luego de recibir al año nuevo, decidieron terminar la fiesta en el famoso baile del barrio "Oriental de mis amores" (así lo llama la gente). Daniel, Vicente y José hacían alarde de sus dotes de bailarines mientras Carlos observaba sentado desde su silla de ruedas, hasta que, en un inusitado momento, Carlos ya no estaba en su lugar: bailaba chulla pie con sus muletas; desde aquel momento se convirtió en un experto bailador de salsa. Los cuatro amigos recibieron el año nuevo con muchas expectativas.

Después, Carlos siguió con las terapias de recuperación y Daniel, Vicente y José continuaron con el sueño: ¡Patria o muerte! ¡Vencer o morir! Pero la situación comenzó a ponerse color de hormiga. Dos de los principales comandantes de AVC cayeron abatidos por las fuerzas represivas del gobierno tirano y los encarcelamientos, las persecuciones y las torturas eran el pan de cada día. Cuentan que en una conferencia política realizada en algún lugar de la costa ecuatoriana se decidió el futuro de este heroico movimiento subversivo. Sus dirigentes no se pusieron de acuerdo, unos continuaron la lucha armada y otros —como en el caso de los cuatro amigos— se reintegraron a la vida legal, aunque con temor de ser apresados. De vuelta a su querida tierra, los cuatro amigos entrañables decidieron continuar sus estudios universitarios. Hoy ejercen la docencia. Cuentan que hicieron la promesa de seguir luchando desde cualquier trinchera por la construcción de un país libre de explotación y dicen que, si las condiciones así lo exigen, desenterrarán las armas que alguna vez empuñaron.




JENNY ISABEL PAGUAY nació en Cruz Loma, Chimborazo, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ing. Hermel Tayupanda. Su actividad favorita es leer.

Criada por dos tías

Yo era muy pequeña cuando mis padres me llevaron a Guamote. Allá me pusieron en una guardería. Pasaron los días, yo crecí poco a poco como todos los niños y niñas.

A la edad de cuatro o cinco años me pusieron en la escuela Velasco Ibarra, pero no me quedé allí por mucho tiempo. Mi padre me sacó de allí y con mi madre me llevaron a Machachi a trabajar con ellos. Me gustó ir porque si me hubiese quedado sola sin mi madre habría tenía miedo. Así que me fui con ella, feliz de la vida.



Después de un año regresé a Guamote. Nuevamente me pusieron a estudiar, ahora en la comunidad Galte Layme, en la Unidad Nacional Puruhá, de donde ya no me sacaron. Luego mis padres se fueron otra vez a Machachi. Me dejaron con mi abuelita y mis tías. Una de ellas, llamada Vero, era como una mamá para mí, me encariñé mucho con ella. Otra tía en cambio, Norma, era muy mala y me pegaba. Yo era solamente una niña de cinco años, no sabía qué hacer. Quería contarle a mi tía Vero, también a mis abuelitos, pero ella me decía: "Si tú les avisas en la noche te voy a asustar haciendo como un vampiro".

Tuve miedo y no avisé que mi tía me pegaba. Durante los seis meses que mis padres me dejaron allí mi vida se volvió un desastre.

En mi mente entró un dolor muy grande, estaba sufriendo mucho, lloraba por el maltrato de mi tía.

Finalmente mis padres volvieron. Me puse muy contenta con mi mami a mi lado. Con mi padre la historia era distinta: nunca era cariñoso conmigo, para él no éramos importantes ni mi hermano ni yo.

Pasaron los días y mis padres decidieron irse nuevamente. Me iba a quedar sola con mi tía buena y mi tía mala. Me puse a llorar. Entonces, mi madre me dijo: “Hija, no llores, voy a venir a verte y no voy a dejarte sola. Es por tu propio bien, para que tú estudies, seas alguien en la vida y no sufras como yo en el trabajo.

Después de que mis padres se fueron, finalmente cobré valor, avisé a mi tía Vero acerca de los maltratos y ella habló con mi tía Norma. Le dijo: “Tienes que ayudar a la Jenny y cuidarla hasta que regresen sus padres”.




IRVING DANIEL CUASATAR
nació en Ibarra, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato María Angélica Idrobo. Sus actividades favoritas son leer y dibujar.

Desconcierto en mi adolescencia

Esta tal vez sea una historia cualquiera acerca de un chico o chica con problemas, pero bueno, de todas formas les quiero contar una pequeña parte de mi vida.

Cuando me mudé a una nueva ciudad, dejé una pequeña parte de mi vida en otro lugar y eso me cambió mucho. Conocí lo que es

el cigarro, el alcohol y las drogas, pero nunca me volví dependiente de ellas ya que en mi mente tenía trazado un futuro mejor para mí.

Mi vida era rutinaria: iba de la casa al colegio y viceversa, discutía con mi madre y aguantaba el regaño de una persona que ni siquiera era mi padre. Todo eso era estresante, pero lo que más me frustraba era no saber quién era: no estaba seguro si era gay o hetero. Además, me sentía fatal al ver a mi madre buscando cada día qué comer, de dónde sacar dinero o pidiendo prestado para que nos dieran algo de alimento. Observaba cómo agachaba la cabeza para rogar por unos míseros centavos, mientras que su pareja, que era un alcohólico y un mujeriego, no aportaba con un centavo para la comida, todo lo despilfarraba. Muchas veces nos cobraban el arriendo atrasado porque no cumplíamos con esta obligación.

Me sentía inútil; bueno, hasta ahora lo hago. La cuestión es que quería ayudar a mi madre en la comida, por lo que ahorraba todo el dinero que me daba mi padre para las colaciones de la semana y se lo daba a ella, para que comprara por lo menos algo de comer y no tuviera que rogar por centavos a nadie.

Pero a veces el dinero definitivamente no alcanzaba y yo tenía que rogarle a mi papá que me diera unos cinco dólares para poder comer. Era decepcionante tener que suplicarle a mi propio padre. Él no estaba dispuesto a darme nada, decía que no iba a mantener a una señora con su alcahuete, pero yo insistía porque era necesario.

Después de un tiempo empecé a notar que mi madre lloraba todos los días, no me decía por qué, hasta que por mi cuenta descubrí que estaba enferma, tenía quistes en los ovarios y había la posibilidad de que tuviera cáncer. Darme cuenta de eso me destruyó por dentro. Necesita una operación costosa, hasta ahora



no se la ha hecho; tengo miedo de que algún día ya no la tenga más pero he ido reconociendo esa posibilidad.

Cuando finalmente definí mi sexualidad supe que era bisexual y en esa época empecé a salir con un chico bueno, el primero. Era raro ya que nunca lo había hecho. Estuve con él unos dos meses y supe que para el amor no hay límites ni fronteras, sexo o raza.

Cuando faltaba una semana para mi cumpleaños mi padre me citó para conversar. No sabía de qué querría hablar conmigo. Cuando fui me dijo que se avergonzaba de tener un hijo como yo. Me consideraba una aberración por ser bisexual. Luego mandó llamar a mi madre y me obligó a que le dijera lo que era. Noté que las lágrimas salieron de sus ojos, eso me destrozó. ¿Acaso es malo ser bisexual? ¿Acaso es un crimen imperdonable?

Después ella solo me miró, me dijo que me amaba y me abrazó. Me sentí la peor persona del mundo. Mi padre me pidió un abrazo también pero no se lo di, le dije que todo era su culpa, hui de ese lugar y me fui a no sé dónde a llorar, porque había decepcionado a mi madre por culpa de mi padre.

Esa noche dormí en un parque. Al otro día regresé a mi casa sabiendo que la relación con mi madre no sería la misma. Al entrar ella me preguntó:

—¿Dónde estabas?

Yo le mentí:

—Donde mi amiga.

Me miró y no dijo nada más. Esa semana fue la peor de todas. Llegó mi cumpleaños, esperaba que mi madre me felicitara; yo estaba solo, no hablaba con mi padre, que me había obligado a terminar con el chico con el que salía valiéndose de una amenaza. Pero no, ese día nadie me deseó un feliz cumpleaños. Desde ese momento supe que tendría que acostumbrarme a estar solo y valerme por mí mismo.

Muchos te juzgan por ser quien eres y, por esa razón, en esta vida corta he pasado por bastantes cosas malas, pero no me alcanza el espacio para contártelo todo. En la actualidad vivo con mi padre ya que mi madre fingió un embarazo de nueve meses… Pero esa es otra historia que contaré algún día.

Mi vida está llena de malos momentos y tengo que seguir las reglas que me imponen. No sé quién soy o si le importe a alguien, pero mi meta es superarme y buscar un lugar a donde pertenecer.




QUETZALI ISABEL LEMA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Santa Juana de Chantal.

La familia Lema

Hace algunas décadas los indígenas eran objetos, no sujetos, de tal modo que solo los tomaban como obreros de los hacendados, que en esos tiempos eran descendientes de la Colonia española. El maltrato y el abuso eran tales que desde muy temprana edad eran explotados en las haciendas, sin pagos ni derechos; además eran parte de los círculos prejuiciosos que

existían en esas épocas. Pero poco a poco empezaron a romper las barreras y a liberarse de esta situación, migrando a otros lugares con sus artesanías. Así, algunos de mis familiares se radicaron en Otavalo, Ibarra, Quito y, con el tiempo, en países vecinos. De todas formas la discriminación era muy fuerte y fueron objeto de rechazo en las poblaciones a las que migraron.

Uno de mis familiares del pasado fue el primer indígena en cumplir el servicio militar y tuvo que cortarse el cabello; se llamaba José Quinche. Otro de mis familiares tuvo que cambiar su apellido; tal es el caso de un primo cercano que tenía el apellido Conejo y lo cambió por Cornejo; con el tiempo él ocuparía el cargo de alcalde, siendo el primer indígena en alcanzar esa posición. La situación de los indígenas ha ido cambiando y



cada vez van ocupando más cargos importantes. Mi abuelo José Lema fue uno de los fundadores de un grupo cultural llamado Centro Cultural Peguche, que fue una experiencia ejemplar para las futuras generaciones, ya que lograron llegar a países como México, algunos europeos y vecinos, en representación del Ecuador. Otra familiar es una representante de lo que significa romper estas barreras, pues es la primera mujer indígena que ha ocupado cargos importantes en el país; en la actualidad ella es ministra de Justicia, la conocen como Nina Pacari. En la familia también contamos con un primo que radica en Alemania y es ingeniero de tecnologías actuales —como es la energía solar—.

A pesar de las situaciones duras que ha pasado nuestra gente, no ha desmayado y ha mantenido su lengua —el kichwa—, sus costumbres y sus vivencias. Estos cambios han fortalecido a nuestra gente, que perdió el miedo a rehusarse a trabajar para los hacendados y para las cúpulas de poder. Que esto continúe dependerá de lo que transmitamos, como pueblo, a nuestras futuras generaciones; así se fortalecerá la igualdad entre los que habitamos en estas tierras.




LADY ESTEFANÍA BURGA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel.

Una niñez con grandes responsabilidades

Deseo contarles una anécdota de mi infancia, que no fue nada fácil. En ese entonces mi vida era muy distinta. Por suerte, en la actualidad tengo una familia unida y feliz. A veces hay discusiones, pero arreglamos los problemas entre todos.

Cuando yo tenía once años vivía en España. Allí la vida era muy difícil porque no era mi país de origen, nos discriminaban por el color de nuestra piel, por la forma de vestir, etc. Aunque no puedo decir que todos fueran así, en la provincia donde yo vivía había pocas personas que actuaban de esa forma. Mis padres viajaban todas las semanas a otras ciudades a vender bisutería y ropa. Salían los martes de noche y regresaban el viernes; no tenían recursos económicos para pagarle a una señora para que nos cuidara a mí y a mis hermanos. Por ese motivo, nos quedábamos solos en la casa. Tenía una tía que vivía a unos cuarenta minutos, ella nos visitaba los miércoles o jueves para ver cómo estábamos y verificar qué necesitábamos de compras. Tuve que aprender a cocinar, lavar, es decir, a hacer las cosas de la casa. A mi edad no



fue fácil hacerme cargo de tanta responsabilidad, pero era muy necesario que aprendiera todo eso por ser la mayor.

Era muy triste salir de la escuela y saber que al llegar a la casa no íbamos a encontrar a alguien que nos abrazara, que nos preguntara cómo fue nuestro día, en pocas palabras, sentir el calor de la familia. Después de cenar, mi mami o mi papi nos llamaban para preguntar si habíamos comido y hecho los deberes. La verdad yo prefería que no nos llamaran porque después de hablar con ellos los extrañaba más y mis hermanos lloraban hasta quedarse dormidos. Yo tenía que hacerme la fuerte y esperar a que se calmaran para luego poder llorar también. Es triste ver que tus hermanos estén así.

Me acuerdo que una vez estábamos cocinando macarrones con chistorra y se nos quemó. Salía mucho humo de la ventana de la cocina y nos daba miedo de que los vecinos se dieran cuenta de que estábamos solos en casa. Mi hermano abrió todas las ventanas mientras mi hermana echaba la colonia de mi papi por todo lado. Después de unas dos horas el olor se fue y de cena tuvimos que tomar leche con cereales.

Mis padres llegaron al día siguiente. Para nosotros eso era una gran alegría porque podíamos estar juntos como una familia normal. Queríamos que el tiempo durante el que los teníamos cerca pasara muy lento, pero sucedía lo contrario. Con el tiempo nos fuimos acostumbrando. Teníamos que cuidarnos mucho para que las personas no se dieran cuenta de que pasábamos la mayor parte de la semana solos. Si las autoridades se hubiesen llegado a enterar mis padres habrían perdido nuestra custodia, porque es prohibido dejar solos en una casa a los niños menores de edad. Nadie habría entendido que mis padres no lo hacían por malos, sino por necesidad.

Aquí en el Ecuador hay casos similares al mío. Una vida así es muy dura porque no puedes ser un niño, tienes a tu cargo una gran responsabilidad. Gracias a Dios, mi vida cambió en todo sentido y ahora tengo lo necesario para vivir. Mis padres pasan junto a mí todos los días, no sufro al pensar qué comeré y esas cosas. Todos tenemos que saber valorar a nuestros padres por el amor y las cosas que nos dan. Hay muchas personas que quisieran tener a sus padres junto a ellos insistiéndoles que deben comer, preguntándoles cómo les fue en la escuela y con la cena preparada. Siempre tenemos que dar gracias a Dios por un nuevo día y también por todas las cosas que nos permite vivir.




DAYANA MARITZA PUPIALES
nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es manejar motos.

Marca de por vida

Soy una estudiante adolescente que presenta el siguiente relato, impregnado por los sentimientos de mi alma, acerca de mi vida, que ha estado caracterizada por la falta de amor de mi familia, en especial de mis padres.

Tenía quince años y me encontraba de vacaciones. Era una mañana de domingo del mes de agosto del año 2016. Tenía problemas en casa con mi familia, mi mente estaba llena de pensamientos negativos y, después de muchos meses de pensarlo,

tomé la decisión de suicidarme. No paraba de llorar, era medio día, me encerré en mi habitación, me recosté en la cama y me puse a pensar: ¿Cómo sería la vida de mis padres sin mí? Si me suicido, ¿ellos sufrirán? Si me mato, ¿los problemas se terminarán? Estaba furiosa, desesperada, frenética. Pero mi decisión ya estaba tomada, no pensé en nada más, mi única escapatoria era morir. Unos meses antes había visto que mi abuelita tenía un frasco rojo. ¡Sí, era veneno para ratas!, y era tiempo de usarlo.

Entonces agarré el frasco y me tomé su contenido. Tenía un sabor asqueroso, ¡era amargo! Luego de cinco minutos empezó a darme mucho frío, la sustancia había empezado a hacer efecto. Cerré los ojos, pensé que ese sería mi final. Después de un momento escuché muchas voces que me decían: “¡Qué pasó! ¡Qué hiciste!”.



Ya no podía abrir los ojos y perdí el conocimiento. Permanecí inconsciente por dos semanas hasta que finalmente desperté. Mis papás dicen que pasé en terapia intensiva, muy grave, en peligro de muerte. En el hospital San Vicente de Paúl no tenían el medicamento que yo necesitaba para salvarme y mandaron a traerlo desde Cotacachi, llegó a las seis de la tarde. Tenía sondas colocadas en mi boca y nariz, estaba conectada a muchas máquinas para poder sobrevivir.

Un día desperté pero no pude ver nada. ¡Había quedado ciega! No paraba de llorar, ¡pensaba que ese era el castigo que Dios había mandado para mí por querer quitarme la vida! Nuevamente perdí el conocimiento.

Cuando desperté de nuevo estaba amarrada a la camilla. "Pero ¿por qué estoy amarrada? ¿Qué sucede? ¡Qué me pasó!", exclamé. Me volví loca e insulté a mis papás. Para calmarme, los doctores me inyectaron algo de inmediato. Minutos más tarde lo único que pude decir fue "¡PERDÓÓÓN!", por la horrible decisión que había tomado. Había sido una cobarde.

Me visitaron psicólogos y psiquiatras y me programaron citas con ellos para cuando me dieran de alta. Después de tantos días de estar internada, por fin salí. Realicé terapias para poder superar lo que ocurría con mis papás, ellos prometieron cambiar y lo hicieron, aunque no de la forma que yo deseaba.

No quedé bien de mi salud, me enfermaba constantemente. Me realizaron unos exámenes y me diagnosticaron gastritis aguda. El tratamiento que me recetaron no surtió efecto. Entonces me examinaron nuevamente y me dijeron que tenía gastritis crónica, con la posibilidad de desarrollar cáncer gástrico. Sentí frustración y lloré, mi mamá me abrazó más fuerte que nunca. Yo estaba arrepentida de lo que había hecho. Fui muy estúpida y cobarde y defraudé a mis papás. Me equivoqué, nadie es perfecto.

Aún sigo enferma, los problemas, por más pequeños que sean, son muy dolorosos para mí. En mi interior ya nada es igual, no puedo ser feliz, ¡siento que estoy atrapada en la amarga oscuridad! No he podido perdonarme a mí misma por el error que cometí. Tengo ganas de gritar, llorar, salir corriendo y le pregunto a Dios: ¿Por qué permites que el mundo se caiga a pedazos?

Esta es mi triste y cruel realidad, la pongo a consideración de quienes la lean, en especial de los padres, para que tomen conciencia de que los hijos son un regalo de Dios y, por más errores que cometan, nunca deben dejarlos solos. Nosotros necesitamos amor, mucho amor, para evitar tomar decisiones nefastas como el suicidio.




NAYELI RAYO
nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es explorar lugares nuevos de su región.

El anhelo de una niña

Desde hace aproximadamente nueve años, Caelike tenía un sueño: formar parte del grupo de alto rango de la Dirección General de Recursos Humanos de las Fuerzas Armadas del Ecuador; además, quería cambiar las normas de la institución que establecían que estaba prohibido el ingreso de mujeres a esta entidad. Una ilusión habitaba en el corazón de Caelike: realizar



una serie de pruebas para certificar su ingreso a la Marina y demostrar que no deben existir impedimentos por razones físicas ni de género.

La simple ilusión que tenía Caelike se convirtió en sueño y este se transformó en un anhelo que después de muchos años de espera parecía hacerse realidad. Se le presentó la oportunidad de hacer un viaje hacia la ciudad de Guayaquil; era la ocasión perfecta para conocer el lugar donde estaba situada la Fuerza Armada Marítima del Ecuador, su sala de control, las normas y reglas de sus instalaciones y, sobre todo, hallar una respuesta a por qué una mujer no podía formar parte de esta entidad.

Pasaron los días y el viaje de Caelike se fue acercando cada vez más. El viernes 29 de julio, ella llegó a su destino, la ciudad de Guayaquil, donde pudo visitar la entidad de sus sueños. En aquel sitio prevalecían las reglas, las normas y la disciplina; los errores no estaban permitidos, ya que uno solo podía costar la vida de un ser querido.

Al ver que esta institución cumplía a cabalidad con las políticas internas de seguridad y protección de nuestra nación, ella llegó a la conclusión de que formar parte de ese equipo de trabajo no era tarea fácil, por el simple hecho de que en la Armada se tiene un alto grado de responsabilidad para poder respaldar y proteger la soberanía de nuestro país por vía marítima.

Ella no se olvidó de la interrogante que siempre había tenido. Caelike se encontró con un oficial y tuvo la oportunidad de preguntarle por qué no había mujeres en la Fuerza Armada Marítima y por qué se permitía esa discriminación. El cadete le respondió que la Dirección General de Recursos Humanos no aceptaba mujeres debido al trabajo duro que se debía realizar al momento de descargar las herramientas de apoyo desde los buques, como fusiles y materiales de trabajo que servían para respaldar la seguridad de una nación. También le dijo que la presencia de mujeres podía provocar un desequilibrio en el trato que se daba a los miembros del equipo. Él no ignoró el hecho de que una mujer puede ser tan fuerte como un hombre, pero dijo que no era conveniente tenerlas cerca del numeroso grupo de caballeros que conformaban esa institución.

Así, Caelike se dio cuenta de que una mujer en la Armada tendría que ser sometida a constante presión, vivir cada día como

si fuera el último y, sobre todo, experimentar una desigualdad en el trato. Después de esto, se dio cuenta de que esa entidad no era como la había soñado. Su versión era muy diferente a la realidad, tanto en la forma de armar operativos como en el entrenamiento y el grado de responsabilidad que tienen las personas al momento de respaldar y proteger a nuestro país. Al finalizar la visita, una gran inquietud asaltó a Caelike. Se dijo a sí misma: ¿Podré cambiar la mentalidad de las personas respecto a la desigualdad de género?




LUIS MIGUEL REINA
nació en Ibarra, Imbabura, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Una despedida en el aire

Cuando tenía catorce años me cambiaron de una institución educativa a otra. Allí conocí a una persona que era dos años mayor; él era un drogadicto y fue internado en una clínica de rehabilitación. Después de seis meses, salió y volvió a incorporarse al colegio. Había cambiado. En la clínica le habían dicho que si traía a un



nuevo interno le iban a pagar como cien dólares. Para ganar ese dinero comenzó a hablar con mi prima, pues eran compañeros, y le contó cosas que yo nunca había hecho, como consumir drogas.

Al enterarse, mi prima decidió hablar con mi madre y mi tía. Ellas me hicieron una prueba para ver si era cierto que consumía dichas sustancias. Los resultados fueron negativos, pero aun así decidieron meterme a la clínica por opiniones de otras personas que decían que era preferible cortar el problema desde la raíz. Eso fue lo peor que pudieron hacerle a una persona que no conocía nada y era tan joven; en ese lugar conocí cosas que nunca me había podido imaginar.

Un día, al salir del colegio, como de costumbre, quise ir donde mi abuelita que vivía al frente para que me diera para el pasaje. Pero a la salida encontré a mi madre, mi tía y mi tío esperándome. Esto me pareció raro y más aún cuando me dijeron que me subiera al carro, que querían conversar conmigo de unas cosas. En un abrir y cerrar de ojos, dos personas se metieron al auto y se sentaron al lado mío para llevarme a la clínica.

Cuando llegué, para empezar con el tratamiento, me enteré de que tenía que recibir dos tablazos para que no me comportara mal y presentarme ante los demás internos. Lo hice y me di cuenta de que yo era el menor de todos, los demás tenían más de dieciséis años. El tiempo que pasé ahí fue muy duro, en especial el primer mes, porque me tuve que acostumbrar a la idea de que iba a pasar un semestre allí, donde el tiempo pasaba más lento por las ganas que tenía de salir al mundo exterior y porque todos los días nos dejaban encerrados en los cuartos y solo nos sacaban para ir a comer o para recibir tratamiento.

Una noche, en medio de una terapia, llegó el dueño de la clínica y me pidió que saliera. Lo hice y pude ver a mi prima, a pesar de que no era permitido recibir la visita de ningún familiar durante toda la estadía. Pero mi felicidad en poco tiempo se volvió tristeza, porque mi prima me contó que la persona que más amaba en la vida, mi abuelita, la persona que me había criado desde que nací, se había puesto mal, le habían amputado una pierna y estaba hospitalizada.

En ese momento pedí a la gente de la clínica que me dejaran salir, porque tenía que verla aunque fuera por última vez, pero no me lo permitieron. Dijeron que si hacían esa excepción conmigo

iban a tener que hacer lo mismo con los demás internos; a ellos eso nos les convenía porque nada les aseguraba que los chicos regresarían y perderían demasiado dinero. Éramos veinte internos y cada uno pagaba quinientos dólares mensuales.

Desde que vi a mi prima y me contó todo eso, los días fueron fatales y todo se sintió cada vez peor por el encierro. Anhelaba que todo eso terminara para poder salir, ver a mi abuelita y decirle que era lo mejor que tenía en la vida. Eso nunca pudo pasar porque ella falleció cuando faltaban tres semanas para que yo saliera. Cuando mi abuelito me contó: "Se fue la Raquelita", sentí un dolor inmenso. No pude decirle nada y mi despedida se quedó en el aire, hasta ahora la tengo como un nudo en la garganta. Por eso quiero aconsejar a las personas que aún tienen a sus seres queridos que les digan lo mucho que los aman, abrácenlos, no esperen a que ellos fallezcan para hacerlo, porque lo lamentarán toda la vida.

BRYAN VINICIO VALENCIA
estudia en la Unidad Educativa Salinas.

Una tragedia en casa

Un día normal en la vida de la familia Moreta Carrera fue interrumpido por un suceso que los marcó a todos, pues tuvieron que pasar por momentos de gran angustia.

Como de costumbre, don Pedro Moreta, esposo de la señora Gloria Carrera, jornalero de la hacienda El Mirador, se levantó muy temprano a regar el terreno que se dedicaba a cuidar. La

señora Gloria también salió temprano a coger pimientos. Tenían siete hijos, cuatro todavía vivían con ellos, tres mujeres y un varón, mientras que los demás ya se habían casado y hacían vida propia.

Parecía un día normal para esta familia. Don Pedro bajó a Salinas a buscar víveres para su hogar. A su regreso se encontró con una de las hijas que ya no vivía con él. Ella traía consigo a su hijo de meses de nacido. Don Pedro, como buen padre, llevó a su hija de visita a su casa. Durante el viaje, encontraron a un hombre desconocido. Don Pedro lo miró, sintió una amargura y pensó: “Este parece ladrón”. Pero ellos no le hicieron mucho caso y se fueron directo a su casa.



Después de unas horas, don Pedro salió de su vivienda a recolectar el agua para regar el terreno y se encontró con el hombre sospechoso por segunda vez. Como él no sabía quién era le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

—Me dijeron que había trabajo en la hacienda Santa Lucía —contestó.

Don Pedro sabía que ese lugar no existía, desconfió aún más del forastero y se quedó pensando en él mientras continuaba realizando sus labores.

Todos regresaron a la casa cuando cayó la noche. Con la familia reunida, sirvieron la cena y, después de pasarla bien, don Pedro comentó que él sospechaba mucho del hombre que había encontrado. Luego, salió descalzo para asegurar su camioneta, que tenía un año de comprada.

Cuando lo estaba haciendo, notó cómo un hombre se agachaba rápidamente del otro lado de la camioneta. Para intentar sorprenderlo, don Pedro fingió no haberlo visto e intentó darse la vuelta, pero para su sorpresa llegaron tres hombres más, lo amenazaron y lo llevaron a un cuarto vacío de su propia casa. Allí le hicieron una serie de preguntas para saber quién estaba en el comedor.

Después, los ladrones dieron varias vueltas alrededor de la casa. Adentro, el hijo de don Pedro sintió cómo caminaban estos pillos y actuó rápidamente pidiendo a sus hermanas que se escondieran.

Él, armado de valor, cogió una escopeta que tenía su papá por seguridad. Los ladrones entraron junto con don Pedro, a quien apuntaban en la cabeza con un revólver. Le dijeron a su hijo que

soltara la escopeta. Él no tuvo otra alternativa que dejar el arma por miedo a que le dispararan a su padre.

Los ladrones amarraron a toda la familia excepto a una hija, que estaba escondida debajo de una cama. Luego, empezaron a saquear toda la casa y se llevaron todo lo de valor. Huyeron en la camioneta de don Pedro.

Después de esta terrible experiencia, la familia quedó muy asustada. Bajaron a Salinas y tuvieron que vivir en otra casa que tenían. Ellos quedaron en ruinas, sin nada de lo que habían conseguido con sudor y esfuerzo a lo largo de sus vidas. A duras penas lograron recuperar la camioneta. La encontraron en el basurero de Ibarra. Los ladrones no saben la tristeza y el susto que dejaron en esta familia, aunque por suerte, todos sus integrantes salieron ilesos.




SILVANA MISHEL CEVALLOS
nació en Pimampiro, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Urcuquí. Su actividad favorita es mirar televisión.

Vida trágica

En un pequeño pueblo llamado Villahermosa, en una casa humilde pero acogedora, vivía una familia que tenía cinco hijos. Anahí, la segunda, era una niña de once años, muy alegre y divertida, que saludaba a todo el mundo con una sonrisa y desbordaba felicidad. Ella amaba mucho a su padre, solía acompañarlo a todos lados; cada vez que salía de la escuela corría a casa a verlo y saludarlo con un gran abrazo y un beso. Él era su adoración.

Corría el mes de diciembre y en el pueblo de Villahermosa las autoridades habían invitado a toda la población a una fiesta comunitaria. Anahí y su familia estaban planificando asistir. Llegó el día del evento. Todos se encontraban muy emocionados y muy por la mañana comenzaron a prepararse para ir a la gran celebración con sus mejores galas. Finalmente, llegó el momento de la fiesta, todo el mundo disfrutó de la música de la banda Santa Marianita del Empedrado, los hombres se embriagaron y los niños jugaron alegremente.

Al día siguiente, la mamá de Anahí y sus cuatro hermanos salieron de paseo dejándola sola con su padre. Ella quería cuidarlo de los estragos de la borrachera que había tenido la noche anterior.

Anahí cocinó para su padre y, cuando fue a dejarle la comida en su cuarto, él la quedó mirando de una manera rara. Ella se sintió extrañada por su actitud, aunque no le causó miedo. No imaginaba que ese día cambiaría su vida por completo. Le extendió el plato de comida que con mucho amor había preparado para su padre; él la tomó del brazo y la recostó en su cama. Anahí pensó que estaba jugando, por lo que no hizo ningún esfuerzo por liberarse. Cuando ella se dio cuenta de la verdadera intención de su padre ya era demasiado tarde. Él abusó de ella.

Desde ese día Anahí nunca volvió a ser la misma, cambió su comportamiento y forma de ser. Ella jamás le dijo a su madre lo que había ocurrido porque le tenía miedo y desconfianza. Su vida se volvió un infierno porque su padre siguió abusando de ella; él sabía que su hija era demasiado tímida y no diría nada a nadie.

Los años fueron pasando, las violaciones continuaron y cada vez causaron más dolor en Anahí, quien fue convirtiéndose en una adolescente con duro corazón.



Un día un acontecimiento puso fin a su sufrimiento. Anahí fue forzada por su madre a acompañar a su padre a un viaje de trabajo; él aprovechó esta situación para abusar de ella una vez más. Fue entonces cuando ella tomó la decisión de contarle a su madre lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, ella no le creyó. Anahí, que para entonces era una adolescente de dieciséis años, cambió su manera de comportarse con su madre de un momento a otro; se volvió una persona amargada.

Un día decidió irse de casa porque ya no podía seguir viviendo bajo el mismo techo que su padre. Su mamá, al darse cuenta de esto, corrió a buscarla. Pero cuando la encontró, Anahí no quiso

volver porque sabía que nadie le creía y encima la castigarían por haberse marchado.

Fue así como al fin su madre comprendió que ella decía la verdad y debía apoyarla. Entonces buscó la solución para que su hija no sufriera más y volviera a su casa. Allí le dio todo el amor que necesitaba para salir del gran problema en el que se encontraba sumergida. Anahí se dio cuenta de que si hubiera hablado a tiempo muchas de las cosas que sufrió no le hubiesen ocurrido. Ambas reflexionaron mucho acerca de la importancia de la confianza mutua. Por esta razón, Anahí decidió escribir su historia para que otras personas que estén pasando por la misma situación la lean y así, puedan darse cuenta de que los únicos perjudicados por el silencio son ellos mismos.




EDWIN XAVIER MUENALA
nació en Cualta, Imbabura, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Yachay. Sus actividades favoritas son el baloncesto y la lectura.

Una brisa fría

Yo solía conversar mucho con mi abuelito acerca de los temas más diversos. Él era uno de esos hombres que prefieren no hablar de las vivencias pasadas; al menos eso es lo que creo hoy que tengo más de quince años.

Cierto día, en el patio de mi vieja casa, mi abuelo estaba sentado en una silla, mientras yo jugaba con un pedazo de madera rectangular como si fuera un automóvil. En aquel entonces eso era la felicidad para mí; mi familia no contaba con muchos recursos

económicos, pero eso es lo que menos importa. Me levanté, caminé hacia él y lo abracé. Me encantaba hacerlo porque la mayoría del tiempo lo pasaba junto a él; mi padre trabajaba todos los días para una de esas personas latifundistas que explotan laboralmente a sus empleados, como que si todavía nos encontráramos en la época de la Colonia, pero no había otro lugar donde le ofrecieran una mejor remuneración.

De pronto alcancé a mirar una cicatriz en el brazo de mi abuelo. Pensé inocentemente que se trataba de una de esas señales que te quedan cuando te llevan a un centro de salud y te vacunan. Le pregunté por qué la tenía y me respondió con voz enronquecida: "Son marcas de un pasado oscuro y digno de la estupidez humana".



No lo logré entender. Después de guardar un momento de silencio, y sin que yo lo forzara a seguir hablando insistentemente como cualquier niño hubiera hecho, continuó de la siguiente manera:

“Por allá en los años cuarenta, Ecuador entró en guerra con un país vecino del que no recuerdo claramente el nombre. Yo tenía veintiún años y, junto con muchos otros hombres, tuvimos la ‘fortuna’ de ir a la batalla. Se me entregó un par de armas acabadas y, cuando llegué al campo, que era una especie de bosque con mucha vegetación, no tenía ni idea de cómo pelear con estos aparatos. Apenas había pasado un tiempo y noté que empezaba a perder peso.

“Una noche, mientras mis compañeros se encontraban durmiendo, logré percibir unos pasos detrás de los árboles. Supuse que era uno de los nuestros, se acercaba más y más. Cuando de pronto, al ver su traje diferente al de nosotros, me puse en posición de defensa, pero no disparé porque claramente él no tenía intención de atacarme, se lo veía temeroso. Me aseguré de que no fuera a hacer nada en mi contra y bajé mi arma. Se acercó y me pidió que no dijera nada, me contó que no había comido desde hacía algunos días y que literalmente se moría de hambre. Decidí compartirle algo de lo poco que tenía, él me lo agradeció eternamente. Su nombre era Eustasio y era un soldado del ejército enemigo.

“Al día siguiente, tuvimos un encuentro con otra tropa y todo terminó en una gran masacre. Yo recibí un disparo, era muy joven y el dolor me parecía insoportable. Lo último que logré escuchar fueron miles de disparos y una gran explosión, luego me desmayé. Cuando me desperté mis compañeros me comentaron lo que había

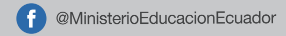
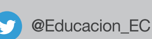
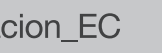
sucedido. Ni siquiera teníamos médicos para que nos atendieran, pero me encontraba mejor gracias a la ayuda de mi equipo.

"Casi a las diez de la noche, alguien se acercó a nosotros. No tenía camisa, así que creímos que era un soldado ecuatoriano, pero de repente nos dijo: 'Por favor, necesitamos ayuda, nosotros no tenemos con qué alimentarnos ni con qué abrigarnos en las noches'. Fue así que por las noches empezamos a compartir lo nuestro con ellos, y en ocasiones ellos también hacían lo mismo con nosotros, pero en el día las cosas eran diferentes; sin importar nada, éramos responsables de una gran ola de muertes, porque estábamos obligados a ello…".

Yo lo interrumpí y le dije: "Abuelito, qué bueno es tenerte aquí conmigo. Nunca te vayas, por favor". Me encontraba sentado en sus piernas. Después me quedé pensando en cuántos niños y niñas se habrán quedado sin seres queridos por culpa de ideologías estúpidas que las personas conservan hasta la actualidad.



En este libro se ven reflejados algunos problemas que aquejan a nuestra sociedad: el alcoholismo, la violencia intrafamiliar, la delincuencia, el *bullying*, la discriminación, entre otros. Esperamos que al leer estas historias, recapacitemos y seamos capaces de generar cambios positivos en nuestro entorno.



@MinisterioEducacionEcuador @Educacion_EC /MinEducacionEcuador /Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec